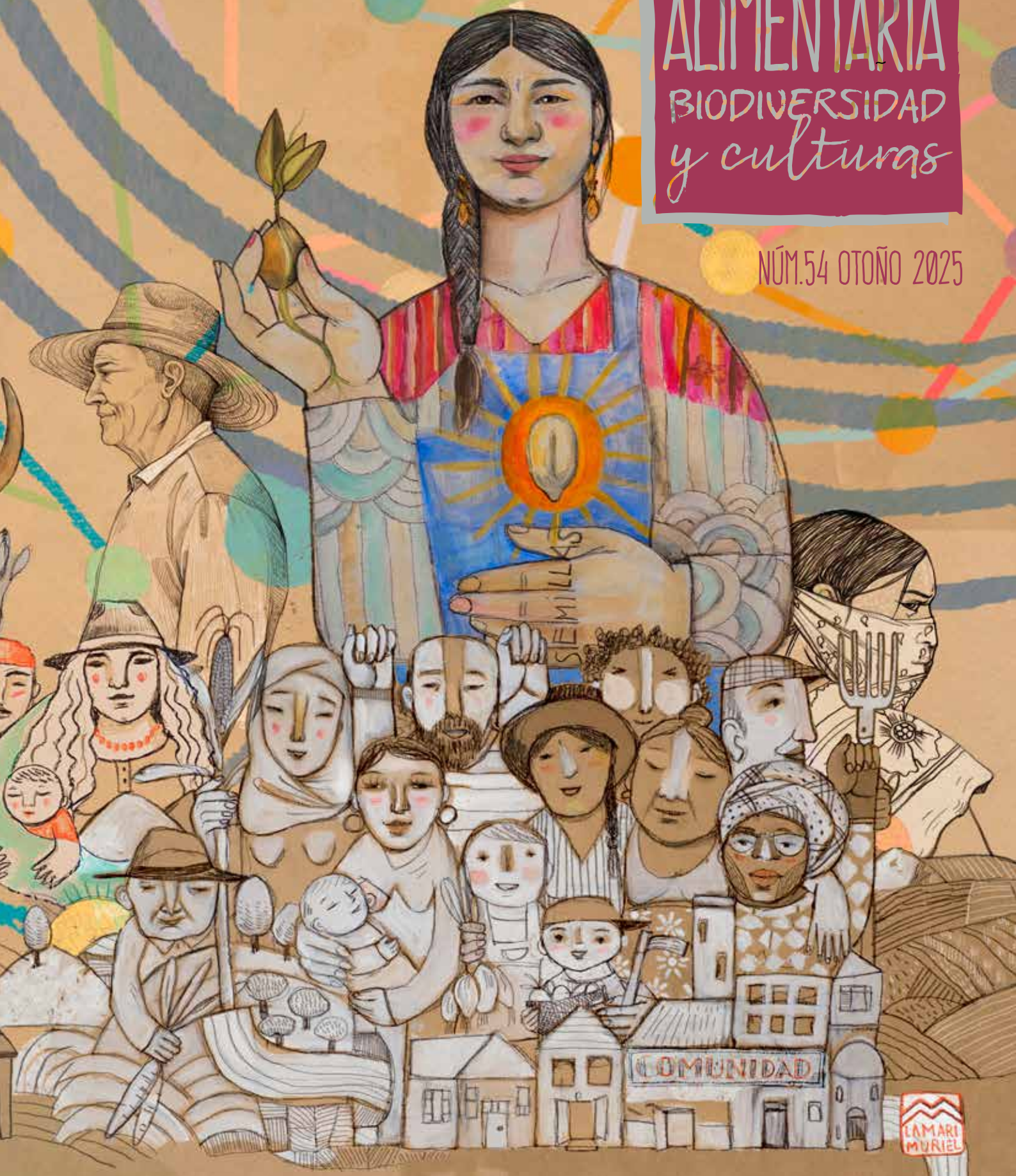


CAMPESINADO Y CULTURA DE PAZ
EL CONFLICTO DESDE UNA PERSPECTIVA ECOSOCIAL
LAS ANGULAS QUE BAILAN

revista
**SOBERANÍA
ALIMENTARIA**
BIODIVERSIDAD
y culturas

NÚM.54 OTOÑO 2025



La revista es un espacio colectivo integrado por:

- ▶Antropologies de les Crisís i les Transformacions Contemporànies – CRITS - UB
- ▶Amigos de la Tierra
- ▶Arran de Terra SCCL
- ▶ASDECOBA
- ▶Asociación Ábrego
- ▶Asociación El Colletero
- ▶Biela y Tierra
- ▶Campo Adentro
- ▶Cátedra de Agroecología, Universidad de Vic
- ▶CERAI
- ▶Colectivo Lantxurda Taldea
- ▶Colectivo Memoria Viva de los Pueblos
- ▶Colla Ecologista La Carrasca-Ecologistes en Acció
- ▶Col·lectiu Eixarcolant
- ▶Confederación de Centros de Desarrollo Rural -COCEDER
- ▶Cooperativa Germinando
- ▶Coordinación Baladre
- ▶Ecocentral
- ▶Ecologistas en Acción
- ▶El enjambre sin reina
- ▶Entrepueblos
- ▶Enxeñería Sen Fronteiras Galiza
- ▶Extiercol
- ▶La Casa Azul
- ▶La Fàbrica, SCCL
- ▶La Fertilidad de la Tierra
- ▶La Plasita
- ▶L'Economat Social SCCL
- ▶Fundación Betiko
- ▶Fundación Entretantos
- ▶Fundació Novessendes
- ▶Garúa
- ▶GRAIN
- ▶Grupo de Investigación en Agricultura, Ganadería y Alimentación en la Globalización (ARAG-UAB)
- ▶Grupo de Investigación en Economía Ecológica, Agroecología e Historia. UVigo
- ▶Grupo de Estudios Juan Díaz del Moral
- ▶Justicia Alimentaria Global
- ▶Les Refardes SCCL
- ▶Lonxanet
- ▶La Magrana Vallesana
- ▶Landare
- ▶Mas Vilartimó - Associació Cultural Espiral
- ▶Menjadors ecològics
- ▶Mugarik Gabe Nafarroa
- ▶Mundubat
- ▶Observatorio para una Cultura del Territorio
- ▶Olistis, SCCL
- ▶OSALA
- ▶Postgrau de Dinamització Local Agroecològica
- ▶Red Agroecológica de Lavapiés
- ▶ReHd Mad! Red de huertos urbanos comunitarios de Madrid
- ▶Sindicato Andaluz de Trabajadores y Trabajadoras
- ▶Sindicato Labrego Galego
- ▶Sociedad Española de Agricultura Ecológica (SEAE)
- ▶Universidad Rural Paulo Freire del Cerrato
- ▶Xarxa Agroecològica d'Alcoi
- ▶Varagaña

PORTADA

María del Mar Muriel (Sevilla, 1972) es licenciada en la especialidad de pintura y grabado por la Facultad de Bellas Artes de Sevilla y también estudió escenografía y alfarería. Pintora, muralista, ilustradora y madre, vinculada a luchas y movimientos sociales como el feminismo, la migración, la lucha por la vivienda o contra la guerra, se sirve de la ilustración para expresar y comunicar a través de lenguajes ricos en posibilidades, formatos y soportes. Ha colaborado en varios documentales realizando animaciones en stop motion. Uno de sus objetivos es generar debate y pensamiento crítico a través del arte. El Sur es parte de su identidad como mujer andaluza y artista.

Instagram: @lamarimuriel

AGRADECIMIENTOS

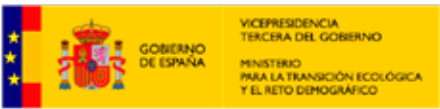
Además de a las personas que han contribuido con contenidos específicos ya mencionadas en las autorías, en los testimonios y en las fuentes, queremos agradecer a quienes nos han ayudado a hacer posible este número sugiriendo contenidos, contrastando información, facilitándonos contactos o simplemente ayudándonos a aterrizarlo tal y como ha quedado: Marc Badal, Maria Paz Aedo, Miguel Izaga, Isa Álvarez Vispo, Nuria Abenza, Nello Schisano, Amalia Bueno, asociación LabCASA, Cristina Ruiz Cortina, Javier Moreno, Lorena Miguel, Carmen Ruiz Bravo-Villasante y el Festival de Poesía de Soria.



Escucha el pódcast del programa de radio Toma la tierra:



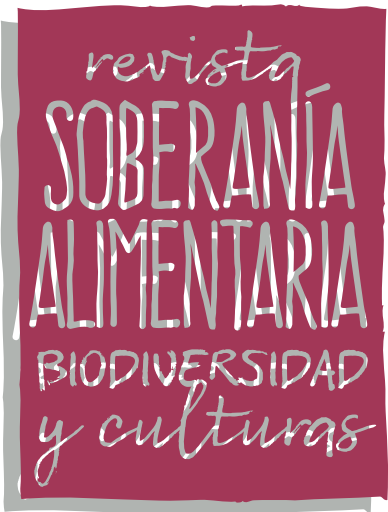
ESTA PUBLICACIÓN HA CONTADO CON EL APOYO DE:



Os invitamos a que os comunicuéis con el equipo redactor (info@soberaniaalimentaria.info) y nos enviéis vuestras experiencias, sugerencias y comentarios, así como aportaciones gráficas para próximos números. Los artículos son responsabilidad de quienes los firman. El material aquí recogido puede ser divulgado libremente, aunque agradeceríamos que citarais la fuente.



Tipografías utilizadas en esta revista: Caecilia LT, Roboto, Sabbatical y Frente H1



NÚM.54 OTOÑO 2025

COMITÉ EDITORIAL

- Jeromo Aguado
- Marta Rivera
- Aitor Urkiola
- Paul Nicholson
- Isabel Vara Sánchez
- Uxi D. Ibarlucea
- Enrique González
- Laia Batalla-Carrera
- Héctor Castrillejo
- Sergio S. Taboada
- Marta Soler
- Violeta Aguado
- Irene García Rocas
- Leticia Toledo
- Agustí Corominas
- Henk Hobbelink
- Cristóbal González
- Pau Agost Andreu
- Paula Durán

EDITA



El Pa Sencer SCCL:

- Patricia Dopazo
- Gustavo Duch
- Amal El Mohammadiane Tarbift
- Carles Soler
- Tomàs de los Santos

CORRECCIÓN Y WEB

Eva CM

ARTE Y MAQUETACIÓN

www.mareavacia.com

PÓDCAST

Stéphanie Chiron

DIRECCIÓN POSTAL

Carrer Casanova, 118-120, 1er B, escala dreta
08036 Barcelona

WWW.SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

INFO@SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

Depósito Legal B-13957-2010

ISSN 2013-7567

- revistasoberaniaalimentaria
- @revistasabc.bsky.social
- RevistaSoberaniaAlimentaria
- revistasoberaniaalimentaria
- @revistaSABC

Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas es una publicación de información, debate y reflexión sobre nuestro **vínculo político con la tierra y la alimentación**. Una revista de **pensamiento crítico** que ofrece una perspectiva amplia, abierta y afectable que quiere ayudar a imaginar y construir realidades sociales y económicas radicalmente emancipadoras.

EDITORIAL

Campesinado y cultura de paz 4

AMASANDO LA REALIDAD

Policultivos de paz en tiempos de guerra
Carmen Francisca Aliaga Monrroy 6

El cultivo de la paz
Ignacio Abella 9

La Vía Campesina 10

Por qué y cómo repensar el conflicto
Teresa López Franco 15

«Nos une lo básico. Nos une la tierra y el querer vivir en paz»
Entrevista a Maite Aristegi
Patricia Dopazo Gallego 18

El papel de las mujeres en la resolución del conflicto de Casamance, Senegal
Carles Soler 22

Resistencia no violenta 26

La esperanza campesina en tiempos de desarraigo
Yexibeth Cadenas, Fabián Pachón y Angélica Clavijo Ariza 29

DE UN VISTAZO Y MUCHAS ARISTAS

Diálogo: Microconflictos y cultura de paz en el medio rural
Revista SABC 33

EN PIE DE ESPIGA

Agroecología y saberes populares
Milena Silvester Quadros 37

As Conchas. Un triunfo judicial contra la ganadería industrial
Andrés Muñoz Rico 41

VISITAS DE CAMPO

Las angulas que bailan
Lorena Escandell Carbonell 44

Crónica del Foro Global Nyéléni 2025
GRAIN 48

PALABRA DE CAMPO

Cuando la tierra sangra
Astrid Henmark Aguirre 51

Poesía contra la guerra.
Maisoun Shukair y su retrato que sostiene el muro
Amal El Mohammadiane Tarbift 53

La fuente. Un lugar de encuentro para pobladoras 56
Más pan para los de hoy... Y sed para los del mañana
David Romero Latorre 57

Campesinado y cultura de paz

El entramado económico que rige la época y el mundo en el que vivimos necesita la violencia para sostenerse. Explotar y acaparar bienes naturales, fuerza de trabajo y vidas no es un proceso natural, necesita forzarse, y para ello se ha ido articulando un sistema complejo y retorcido, con base en las violencias —las explícitas y las menos visibles— y también las que no identificamos por haberlas interiorizado.

Los vínculos entre la industria militar y la alimentaria son conocidos: ambas comparten orígenes, empresas, compuestos químicos (como el fósforo blanco usado por Israel en el genocidio de Gaza) y, especialmente, la estrategia biocida. El sistema alimentario industrial es un excelente ejemplo de violencias encarnadas. Lo vemos en la transformación radical de paisajes por monocultivos, en la expulsión de poblaciones locales, las granjas intensivas con miles de animales hacinados, la contaminación de aire, tierra y agua o las jornaleras y operarios en condiciones de explotación laboral. La más efectiva de todas las armas de guerra sigue siendo el hambre.

Pero recordemos que esta forma de relacionarnos con la tierra y de entender la alimentación es una «excepcionalidad histórica». Ni nos viene de serie, ni siempre ha sido así. Sin embargo, una de las violencias más silenciosas es la que acaba con los vestigios de otras formas de habitar el mundo: con los saberes y las tecnologías populares, las variedades agrícolas locales, las formas de organización, los cuentos y las canciones... El epistemicidio campesino. «Los mexicas dicen que la milpa fue quien enseñó a la humanidad a ser comunidad, a reconocer la vulnerabilidad y que los seres dependemos en extremo unos de otros y, por lo tanto, nos necesitamos». Son palabras de Carmen Aliaga en el texto que abre este número.

Estas páginas, reunidas bajo el título «Campesinado y cultura de paz», quieren visibilizar las formas tradicionales de convivencia y manejo de los conflictos, las del pasado y las que resisten. También las que se han abierto paso de la mano de sociedades campesinas en situaciones de conflicto armado y, especialmente, de la mano de mujeres campesinas, como el caso de Senegal y Euskal Herria, evidenciando la relación que en muchos casos existe entre masculinidad y violencia. «La cultura campesina no es flor de un día, es pensar en el futuro, es sostenibilidad, y eso va indisolublemente ligado a la búsqueda de paz», nos dice Maite Aristegi.

En un artículo reciente publicado en *Agroecology Now*,¹ el profesor Michel Pimbert se pregunta si las organizaciones, profesionales y activistas de la agroecología y la soberanía alimentaria podemos desempeñar algún papel en la transformación sistémica en favor de la paz. La respuesta es que sí. Confrontar un modelo alimentario violento poniendo en marcha propuestas antagónicas va en esa dirección, pero hay mucho más. ¿Estamos reflexionando lo suficiente para saber y decidir qué más podemos hacer? Deseamos que este número pueda ser fuente de inspiración para que cada quien encuentre su papel en cada lugar, momento y contexto en favor de esa transformación. ●

1. How can agroecology and food sovereignty advocates uproot militarism from their organisations to help build cultures of peace? Agroecologynow.net

«Cultura de paz»

La cultura de paz es un conjunto de valores, actitudes y comportamientos que promueven el respeto a la vida, el respeto mutuo y la convivencia entre personas y pueblos. Se fundamenta en principios como la tolerancia, la justicia, la igualdad y los derechos humanos, y busca construir sociedades inclusivas en las que predomine el diálogo. No solo se trata de ausencia de conflictos armados, sino también de la construcción de un entorno donde se garantice el bienestar colectivo, la igualdad, la justicia social y el respeto por el medio ambiente. Por ello, la paz es el resultado de erradicar la violencia física, superar la violencia estructural y sustituir la cultura de violencia.

La cultura de paz implica un compromiso activo con la prevención de la violencia en todas sus formas, ya sea física, psicológica, estructural o cultural. Fomenta la empatía, la cooperación y la solidaridad, incentivando a las personas a reconocer la diversidad (étnica, religiosa, de género, de orientación sexual, etc.) como una riqueza y a rechazar las diversas formas de discriminación y opresión.

La promoción de una cultura de paz requiere de la participación activa de todos los sectores de la sociedad: ciudadanía, organizaciones sociales, instituciones educativas, medios de comunicación, empresas, gobiernos y organismos internacionales.

Hoy, en un mundo marcado por el menosprecio a la vida humana —caracterizado por múltiples guerras, violencias e injusticias—, la cultura de paz es una propuesta esencial, radical y urgente para asegurar un futuro justo, seguro, sostenible y en paz para toda la humanidad.

Jordi Armadans
Polítologo, periodista y activista por la paz



Carmen Francisca Aliaga Monroy

Policultivos de paz en tiempos de guerra

Abordar el tema de la paz en un momento crítico como el actual, después de haber sido testigos del genocidio, nos presenta un desafío significativo. Es quizá uno de los momentos más pertinentes para repensar lo multifacético de la paz con justicia social, económica, ambiental y climática. En ese sentido, me gustaría proponer algunas reflexiones para pincelar las causas históricas de la violencia descarnada y global que en este momento está haciendo temblar nuestra casa común y, después, discutir algunos otros pensamientos relacionados con los modos de vida que despliegan culturas diversas de paz en la tierra.

¿El triunfo de la guerra?

«Presiento que, tras la noche, vendrá la noche más larga...»

No es la primera vez en la historia de la humanidad que la guerra como espectro totalizante amenaza la vida en todas las formas posibles. Tampoco es la primera vez que la indignación popular se moviliza desde la solidaridad y se enfrenta a la violencia global en su faceta más cruel y descarnada. Quizá un aspecto nuevo de este momento de la historia no sea solamente el adjetivo *genocida* que acompaña la guerra, sino también el inevitable colapso ecológico al que nos ha llevado este orden político-económico mundial llamado capitalista.

Es indiscutible que los caminos que nos han traído a esta fase de destrucción amplificada tienen responsables identificables. En un ejercicio de justicia epistémica, es importante nombrar las diferentes formas de eliminación sistemática que el orden hegemónico ha podido perfeccionar con el paso del tiempo; el uso de misiles, la industria de la guerra y la destrucción masiva son tan solo una parte. Del otro lado de la verdad, están sembradas en el sur global las sofocadas zonas de sacrificio sobre las cuales se han erigido múltiples formas de industrialización, devastación

territorial y ganancias millonarias para una minoría. Ríos que agonizan, infancias con plomo en la sangre y que orinan glifosato, aire que asfixia, pueblos enteros marcados por enfermedades terminales, muertos arrastrados por rebalses mineros o petroleros. Incluso las inmensas eólicas, que centellean como espejismos de modernidad, interrumpen el sueño de la milpa, el ganado y los pueblos. Todas estas son formas de exterminio de una misma guerra: la guerra contra la tierra, que es la guerra contra la vida.

La milpa le enseñó a la humanidad a ser comunidad

Existe un principio central en los modos de vida campesinos; esta certeza está relacionada con la relevancia de la diversidad, cualquier práctica de trabajo en la tierra requiere de un complejo sistema en el que seres vivos de distintas especies se relacionan para articular una compleja comunidad biológica. Por eso la chacra andina, o la milpa mesoamericana si se quiere ver como un paisaje multidimensional, abarca formas, colores y relaciones múltiples. El maíz necesita del frijol, como de la calabaza; más abajo, los microorganismos se mueven velozmente para la generación de formas diferentes de energía que se componen y descomponen una y otra vez. Esta es

Incluso las inmensas eólicas, que centellean como espejismos de modernidad, interrumpen el sueño de la milpa, el ganado y los pueblos.

la fuente de la vida, es el perfeccionamiento millenario que la humanidad humildemente ha tenido que entender para reproducirse como especie.

La agricultura industrial, en el otro lado de la historia, es una oda a la guerra contra la vida en general y la biodiversidad en particular. Sus principales herramientas hacen honor a su lógica biocida: insecticida, fungicida, herbicida. La tecnología Terminator (tecnologías de restricción del uso genético) es otro caso ilustrativo en el orden de los transgénicos que alude a la destrucción como fin; en su origen carga la penitencia. Las principales compañías productoras de agroquímicos (Bayer, DuPont, Monsanto, Syngenta, entre otras) nacieron produciendo armas químicas para la guerra.

El hambre a la vez es un instrumento de dominación, como lo atestigua el actual genocidio en Gaza. Pero no solo eso, a nivel mundial, la Organización Mundial de la Salud (OMS) estima que en 2024 alrededor de 673 millones de personas padecieron hambre.¹ Paradójicamente, la misma organización estima que «la obesidad ha alcanzado proporciones epidémicas a nivel mundial, con al menos 2,8 millones de personas que mueren cada año como resultado del sobrepeso o la obesidad».² Nos encontramos frente a un sistema alimentario mundial que se lucra con la muerte y la salud. Utiliza el hambre como arma de guerra y la obesidad como medio de control social y mercantilización de los alimentos.

1. UNICEF (2025). El hambre disminuye en el mundo pero aumenta en África y Asia occidental.

2. Organización Mundial de la Salud (2021). Obesidad.

La lógica capitalista en la que se inserta el desarrollo urbano e industrial reside en simplificar, homogeneizar y cuadricular los paisajes, la economía, la biodiversidad, la cultura, la alimentación y los procesos productivos. No es una casualidad que la guerra siempre esté acompañada de «orden» y disciplinamiento, censura de cualquier tipo de disidencia y de diversidad; los soldados, como los campos de la agroindustria, renuncian a la vida para convertirse en mercancías. Al contrario, en los ecosistemas la diversidad desempeña un rol fundamental para la proliferación y manutención de la vida. El apoyo mutuo es una constante biológica, el flujo de materia y energía en complejas redes alimentarias sostiene el equilibrio ecológico o la homeostasis ecosistémica. La diversidad a su vez genera estabilidad y capacidad de resistir alteraciones, fortalece entonces la capacidad de resistencia en los ciclos vitales. Algo similar sucede con la agricultura campesina que establece sistemas complejos, cultural y ecológicamente integrados: agroecosistemas.

De una misma milpa o chacra brotan

La diversidad es la maestra de la estabilidad –entendida como las condiciones necesarias para reproducir la vida, es decir, la paz– y enseña a sostener la materialidad, la cultura y la vida comunitaria. Mientras los monocultivos industriales reducen todo a una sola mercancía y tratan de «ordenar» y disciplinar el campo, los policultivos campesinos regalan colores, formas, abundancia y equilibrio. Así se asegura no solo la subsistencia, sino también la revitalización de tradiciones, ritos y goce que dan sentido a la vida comunitaria.

Además de proveer alimentos variados y complementarios, los policultivos ofrecen fibras como el algodón, el ixtle, el henequén de distintos agaves; plantas medicinales y rituales que forman parte de la herbolaria tradicional; forrajes obtenidos de hojas, tallos y rastrojos para la crianza de animales; leña y materiales de construcción como ramas, varas y cañas; semillas que funcionan como reservas genéticas para la siembra, el intercambio que enriquece y el mejoramiento; así como bebidas de profundo significado social y ceremonial, entre ellas el pulque, el aguamiel, el mezcal o la chicha andina, entre otros tantos. Si un cultivo llega a perderse por sequía, plaga u otra adversidad, la diversidad del policultivo actúa como un resguardo: otros productos compensan la falta y aseguran la continuidad de la



Maíz tierno o elote, palabra que proviene del náhuatl.
Foto: Eduardo Villalpando. Observatorio Ukamau Territorio y Dignidad

subsistencia. En contraste, en el monocultivo, la pérdida de la única especie cultivada significa el colapso total de la producción.

Si partimos del principio de ecoddependencia e interdependencia como condiciones esenciales, la diversidad es fundamental para comprender la comunidad humana y extrahumana. Por esta razón, los mexicas dicen que la milpa fue quien enseñó a la humanidad a ser comunidad, a reconocer la vulnerabilidad y que los seres dependemos en extremo unos de otros y, por lo tanto, nos necesitamos. Así pues, la defensa radical de la diversidad es nuestra principal bandera de paz porque solo en diversidad se puede construir comunidad. Es lo que defendemos de la devastación, lo único que vamos a heredar a las siguientes generaciones: lazos de solidaridad, cooperación y reciprocidad.

Criar la vida, criar la esperanza, criar la paz

Para finalizar este texto, quiero recordar las sabias palabras de un líder mapuche de la Argentina andina que alertaba acerca de los recortes históricos que solemos hacer. Decía: «No se olviden de que los pueblos de este lado del mundo resistimos a la eliminación sistemática de nuestros modos de vida y la matanza generalizada por más de 500 años de colonización y aún estamos vivos, luchando y celebrando».

Quizá comprender en su amplitud los ciclos largos de la tierra y de la historia humana nos ayude a reconocer las formas variadas de reexistencia que ahora mismo se sostienen. Dicen las y los sabios de los pueblos de donde provengo,

que todo lo que existe ha sido criado: las semillas fueron criadas para convertirse en alimento, las siguientes generaciones deben ser criadas, el agua se cría, las plantas se crían, los animales se crían, las y los guardianes ancestrales se crían; al mismo tiempo, todos estos seres tendrán que criar a otros; existe, pues, un principio ontológico de crianza mutua, *uywañakuy*,³ para reproducir los ciclos de la vida. Desde miles o quizá millones de trincheras, hoy se está disputando un pacto de paz con la tierra,⁴ un pacto necesario, urgente y lleno de modos de vida diversos, unos milenarios y otros que se reinventan. Desde estas trincheras estamos aprendiendo a criar también la paz, criamos la paz con arrullos y cantos, con cuidados y amor, con tenacidad, con luchas, con paros y movilizaciones, pero al mismo tiempo con esperanza radical. ●

Carmen Francisca Aliaga Monroy

Ecofeminista, investigadora y educadora popular boliviana. Integrante del Pacto Ecosocial e Intercultural del Sur

Este artículo cuenta con el apoyo de la Fundación Rosa Luxemburgo

.....
3. Puede traducirse como "crianza mutua" en idioma quechua y aymara en los Andes.

4. Inspirado en la Declaración de Bogotá del Pacto Ecosocial e Intercultural del Sur. pactoecosocialdelsur.com

EL CULTIVO DE LA PAZ

AMASANDO LA REALIDAD

Ignacio Abella



Mi padre nos contó que durante las guerras carlistas, los combatientes de uno y otro bando se escondieron más de una vez en la casa familiar de Eulate (Navarra) e incluso, en alguna ocasión, llegaron a convivir soldados «enemigos» mientras se aclaraban los términos de la contienda.

En toda época y lugar, los paisanos tienen sus propias ideas y creencias. Sin embargo, el vínculo con la familia y la tierra impone la vida como prioridad absoluta. En la mentalidad de nuestros abuelos y abuelas campesinas, la gestión de los bienes y montes comunales era una cuestión de pura supervivencia. Había una necesidad de acuerdo, entendimiento y ayuda mutua, y una perspectiva de futuro que obligaba a repoblar y pensar en el bienestar de las generaciones venideras. En esta conciencia del paisaje que nos alimenta, contiene y sostiene, se diría que nuestros ancestros practicaban todas las formas posibles de mutualismo, entre ellos mismos y respecto al mundo biodiverso en el que vivían.

Sin embargo, los cultivadores y sostenedores de la paz y el patrimonio común son obviados en los libros de historia que glorifican la ambición ilimitada de los psicópatas, de los generadores de conflictos en nombre de patrias, imperios y religiones... Las armas ejercen su labor de exterminio de un modo cada vez más perverso, más eficaz, más inhumano y atroz. El negocio de la guerra impone su discurso por encima de cualquier argumento o sentido humanitario. Por otra parte, los conquistadores han encontrado nuevos modos de saquear la tierra y sus riquezas mediante la ocupación y explotación industrial de montes y tierras de cultivo y el acaparamiento del agua y las semillas.

Vastas regiones de todo el planeta son invadidas por ese ejército de ocupación de miles de millones

de eucaliptos que desplaza toda actividad tradicional, dilapidando en una generación la fertilidad atesorada por siglos de buen hacer; desintegrando la cultura milenaria y la trama vital que unía país, paisaje y paisanaje. Esta conquista, orquestada por corporaciones sin escrúpulos que cotizan en bolsa, vacía y esquilma países que terminarán siendo pasto de las llamas o de los buldócers. Monopolios forestales, turísticos o cinegéticos, energéticos, agrícolas... se apoderan de montes y campos, mientras los campesinos y campesinas que viven cerca de la tierra disminuyen en número e influencia. La política ejerce su vasallaje incondicional a la economía depredadora que usurpa las riquezas de comarcas y países enteros.

Para salir de este bucle de la destrucción, es necesario tomar como referente la cultura digna y pacífica del campesinado, frente al modelo belicista del saqueo y la especulación que conduce a la humanidad y su planeta-hogar a la involución y la absoluta ruina. En estos tiempos confusos es preciso diagnosticar y denunciar las estrategias del odio y los intereses ocultos que las propagan, para estar más cerca que nunca de la tierra y de quienes cuidan y cultivan. Es posible que el mejor modo de resistencia sea continuar con nuestro oficio y defender los espacios de entendimiento entre nosotras, las cuidadoras y cultivadoras de la vida y la sociedad. En el simple gesto de cultivar a escala humana y con los pies en la tierra radica nuestra esperanza y apuesta de futuro y el incontestable ejemplo para quienes, a pesar de todo, aún albergan dudas. ●

Ignacio Abella

Naturalista y escritor

Ilustración: Alfonso M.^a Abella, de la casa familiar a la que se hace mención en el texto.

La Vía Campesina

UN ESPACIO INTERCULTURAL DE ENCUENTRO FRATERO

«¡Globalicemos las luchas, globalicemos la esperanza!». Hoy, mientras las fuerzas belicistas y nacionalistas crecen por todas partes, nos mueve más que nunca el grito de La Vía Campesina (LVC), el movimiento mundial de la ruralidad emancipadora.

Al margen del trabajo de defensa del campesinado mundial a todos los niveles, del terreno a las instituciones internacionales, fue la visión universalista del movimiento la que me trajo a LVC.

Con más de 200 millones de integrantes en todos los continentes, la enorme diversidad cultural de nuestro movimiento social implica una metodología de toma de decisiones compleja y lenta en un mundo cada vez más rápido. Pero la diversidad es nuestra fuerza más poderosa, lo que nos da una legitimidad que trasciende a las organizaciones y alianzas internacionales clásicas. No hablamos de solidaridad, la practicamos y vivimos cada día. LVC, como dijo Noam Chomsky, es «la verdadera internacional», un espacio intercultural de encuentro fraterno y de cultura de paz.

En nuestras mesas trabajan juntas delegadas de «países enemigos», se construyen alianzas y proyectos a pesar de las fronteras y de la propaganda. En general, el campesinado tiene un vínculo muy fuerte con su territorio, un concepto diferente de las naciones o estados. Un territorio se recorre, se conoce, se trabaja y se vive de manera muy concreta. Este vínculo explica la fuerza de las luchas territoriales, pero también permite que se establezca una solidaridad con otros territorios que va más allá del sentido habitual del término.

En nuestras reuniones se hablan multitud de idiomas gracias a intérpretes que trabajan de forma voluntaria. Nos alimentamos con lo que dan nuestros campos y compartimos la vida diaria respetando las tradiciones, religiones y

opiniones políticas de cada cual. Usamos diferentes herramientas de educación popular, tal y como la definió Paulo Freire, comunicando también con el teatro, la música y el arte. Cada reunión empieza con una «mística», lo que aporta una energía positiva no solo para lograr resultados, sino especialmente para compartir como seres humanos a través de nuestras diferencias. Y también de nuestros puntos comunes, porque en esta gran biodiversidad se encuentran elementos universales que nos unen: por ejemplo, la azada es una herramienta que uso en mi finca para trabajar la tierra y existe en todos los continentes, con diferentes nombres (*houe, hoe, daba, jembe, chù, mujrifatan*, etc.) y apariencias pero con la misma función y para llegar al mismo resultado.

Nuestras áreas de juventud, mujeres y diversidades aseguran la inclusividad de los espacios internos y de nuestras demandas, con un cuidado permanente en los grupos de trabajo. En cada evento internacional contamos con brigadas internas capacitadas para asegurar un ambiente de confianza y construcción positiva, ayudar a las minorías a expresarse, gestionar los conflictos y evitar las violencias. Y funciona porque tenemos en común el amor por la tierra y el mar, la voluntad de mejorar las condiciones de vida de nuestras comunidades dentro de los límites del planeta y, sobre todo, porque tenemos una propuesta para el futuro: la soberanía alimentaria, como la definió LVC en los años noventa.



Diferentes momentos de la 8.ª Conferencia de LVC. Bogotá, diciembre de 2023.
Foto: La Vía Campesina

Contamos con brigadas internas capacitadas para asegurar un ambiente de confianza y construcción positiva, ayudar a las minorías a expresarse, gestionar los conflictos y evitar las violencias.

Esta visión política y social de nuestra alimentación abarca múltiples ramificaciones en todos los sectores esenciales para la vida, como la salud o la educación. Para llegar a propuestas concretas siempre recurrimos a las bases organizativas, es decir, a consultas internas a nivel regional, continental o a las comunidades rurales locales, pero también a nuestras bases filosóficas esenciales de justicia y paz. Creo que esa capacidad de proponer y construir alternativas también contribuye a la paz, porque abre puertas para superar las oposiciones y resistencias sin recurrir a la violencia. Por ejemplo, LVC siempre ha luchado contra la liberalización capitalista, desde las movilizaciones de 1999 en Seattle contra la Organización Mundial del Comercio, y, al mismo tiempo, ha trabajado en propuestas muy concretas para reemplazarla. Ahora lanzamos una iniciativa participativa y abierta para inventar un nuevo comercio mundial basado en el multilateralismo, la solidaridad y la justicia. ¡Somos un actor geopolítico popular!

Lo que está pasando en Palestina demuestra que los gobiernos supuestamente liberales solo defienden sus intereses económicos. Los gobiernos autoritarios, igual. Las guerras en Yemen, Sudán, República Democrática del Congo, Ucrania y

muchas otras partes del mundo son el resultado de cálculos financieros de las potencias imperialistas. La única institución realmente legítima es la ONU, a pesar de sus limitaciones estructurales, y por eso trabajamos con sus instituciones (en Ginebra y Roma en particular) y con sus procesos: Decenio de la Agricultura Familiar, Comité de Seguridad Alimentaria, etc.

Conseguimos imaginar, redactar, promover e implementar la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Campesinos y Otras Personas que trabajan en zonas rurales (UNDROP, en sus siglas en inglés), adoptada por la Asamblea General de la ONU en 2018 tras más de diez años de trabajo de LVC. Es una prueba de nuestra verdadera fuerza y de nuestro compromiso con toda la humanidad.

En estos días, aumenta la desconexión entre los discursos oficiales y la realidad popular. Cada vez percibo con más claridad los intentos de manipulación de las élites para promover los intereses de una minoría. Hay que recordar los discursos de Jean Jaurès, de Rosa Luxemburgo y de muchas otras personas: ¡si queremos paz, hay que cultivar la solidaridad entre los pueblos!

Jean Mathieu Thévenot

Hortelano. Confédération Paysanne (Francia)

Vivir libremente en nuestra tierra

Para nuestro pueblo, la paz no puede separarse de la justicia y la dignidad. En la realidad actual de ocupación, despojo, guerra y bloqueo continuos contra nuestras comunidades, el llamamiento a la paz solo tiene sentido cuando aborda las causas profundas de la violencia: el colonialismo, el *apartheid* y la negación de los derechos básicos. Los agricultores de Palestina siguen enfrentándose a la incautación de tierras, a la violencia de los colonos, a la destrucción de cultivos y al desplazamiento forzoso. Sin embargo, en su lucha diaria por cultivar la tierra y preservar las semillas, encarnan la resistencia y la esperanza de una paz justa. Desde nuestra perspectiva, la defensa de la soberanía alimentaria no solo consiste en garantizar sistemas alimentarios saludables y sostenibles, sino también en defender el derecho de los pueblos a vivir libremente en su tierra, sin opresión. Por

eso los principios de solidaridad y paz de La Vía Campesina son inseparables de nuestra lucha en Palestina.

Unión de Comités de Trabajo Agrícola (UAWC), Palestina

Acciones masivas y simbólicamente fuertes

La Vía Campesina no fue algo intelectualmente pensado. En su fundación, en 1993, partimos de la experiencia de movimientos de los años ochenta, que respondían frente a las políticas neoliberales de entonces. Fuimos avanzando desde la práctica del día a día, donde entendimos que la toma de decisiones era fundamental. Consensuada, no a través del voto, y eso requiere una estrategia muy específica respecto a facilitar los debates y la escucha y llegar a acuerdos. Otro tema clave es la acción política: aglutinar alianzas y generar movilizaciones de masas. Nunca se ha apoyado en la acción violenta. Somos un movimiento campesino en resistencia que propone.

Hay dos momentos que quiero poner como ejemplo. Uno de ellos es la lucha contra la Organización Mundial del Comercio (OMC) en Cancún, en 2003. Previamente, hubo un debate junto a los aliados (mayoritariamente organizaciones indígenas) y conseguimos llevar miles de personas a Cancún, desde Asia, Europa y América. Ocurrió algo inesperado: la inmolación del compañero Lee Kyung Hae, de Corea, que se clavó una navaja con un cartel que decía «la OMC mata campesinos». Alrededor de ese evento hubo un proceso de duelo y un profundo debate sobre nuestras acciones. Las intervenciones de infiltrados reventaban manifestaciones para dar una imagen de violencia. Allí también estaba el Black Block, los movimientos negros, sobre todo de Estados Unidos, que venían con una radicalidad de acción importante, y tuvimos un largo debate con ellos. Para la movilización final, se encargaron de expulsar a los infiltrados y marchamos todos juntos, abordando directamente las barricadas de la policía de forma no violenta, resistiendo en una sentada masiva que daba la espalda a la conferencia de la OMC. Aprendimos que las acciones tienen que ser masivas, tener visibilidad simbólica

fuerte y no dejar de pensar en nuestra gente. En Cancún ganamos. La conferencia de la OMC se paralizó, no pudieron llegar a acuerdos.

Dos años después, fue la siguiente cumbre de la OMC en Hong Kong. Nuestros aliados eran los emigrantes y, dentro de la delegación de LVC, era muy importante la de Corea del Sur, de quienes aprendimos mucho. Seis meses antes ya estábamos debatiendo sobre lo que era violencia y lo que no. Protagonizamos movilizaciones muy fuertes y simbólicas y la brutal represión policial provocó que 1500 personas acabáramos en la cárcel, lo que generó una enorme respuesta de apoyo popular.

Paul Nicholson

Ganadero jubilado, fundador de La Vía Campesina

Nuestro objetivo principal lo constituye la lucha y defensa de la madre tierra

Las mujeres hemos estado presentes, desde sus inicios, en la andadura de La Vía Campesina. Lo hicimos con amor y esperanza, impregnadas de la sabiduría heredada de nuestras abuelas y de sus historias, de los territorios donde se gesta la vida. Desde ahí clamamos que las semillas son continuidad de la vida y garantía de la soberanía alimentaria, y llamamos a defenderlas. Son la identidad misma de nuestros pueblos desde el surgimiento de la agricultura.

Somos mujeres del campo en una organización mundial diferente, transmisora de valores éticos, morales y culturales. Nuestro objetivo principal lo constituye la lucha y defensa de la madre tierra, el rescate de la cultura campesina y de los pueblos originarios. Nuestra apuesta de feminismo campesino y popular ha fortalecido a la organización y a sus integrantes y va ampliando la capacidad de reconocer derechos y de moldear los procesos políticos internos. Luchamos por una sociedad más justa, democrática e igualitaria donde la dignidad y la paz estén en el centro.

Francisca Rodríguez

Dirigente campesina. Fundadora de La Vía Campesina, Chile

Mística por el fin del genocidio en Palestina en la 8.ª Conferencia de LVC. Foto: La Vía Campesina



La bandera de la soberanía alimentaria en una mano y pancartas exigiendo democracia en la otra

Como agricultor familiar y activista campesino de las colinas de Nepal, para mí la comida es más que algo que llena el estómago y la agricultura no es solo cultivar la tierra; es lo que sustenta la vida. En un país donde, hasta el año 2000, más del 80 % de los campesinos trabajaban bajo la sombra del feudalismo, la soberanía alimentaria, tal y como la define La Vía Campesina —el derecho a una alimentación saludable y culturalmente adecuada mediante métodos sostenibles y el control de nuestros propios sistemas— se convirtió en la bandera de nuestra lucha, un camino hacia la paz, una lucha por la dignidad y la justicia. Fue la violencia estructural la que alimentó la insurgencia maoísta de 1996, en la que la falta de tierras y la exclusión se cobraron 17.000 vidas. Por eso, en 2006, durante el Jana Andolan II (Movimiento Popular II), los campesinos nos unimos bajo la Federación de Campesinos de Nepal (ANPFa) y marchamos con la bandera de la soberanía alimentaria en una mano y pancartas exigiendo democracia en la otra en nuestras Caravanas Populares por la Soberanía Alimentaria, que llegaron a multitud de aldeas. Nuestro movimiento presionó para que se firmara el Acuerdo General de Paz (CPA) el 21 de noviembre de 2006.

La cláusula 3.7 del CPA prometía «reformas agrarias científicas» para acabar con el

feudalismo, mientras que la 3.10 prometía tierras para los excluidos, como los ocupantes ilegales sin tierras y los kamaiyas. Ahora, antiguos líderes maoístas como Biplab forman cooperativas y practican la agricultura colectiva e integrada. Estos pasos hacia una economía autosuficiente también reflejan la comprensión de la importancia de la soberanía alimentaria para luchar

contra la dominación imperialista.

Gracias a la fuerza del movimiento campesino de 2006, la soberanía alimentaria se convirtió en ley con la Constitución Provisional de 2007, cuyo artículo 18(3) consagraba que «todos los ciudadanos tendrán derecho a la soberanía alimentaria, según lo dispuesto en la ley». Esto nos empoderó para desafiar el feudalismo y la monarquía. Por eso el movimiento logró declarar Nepal una república en 2008.

En 2015, la Constitución de Nepal consolidó este principio y la Ley de Derecho a la Alimentación y Soberanía Alimentaria de 2018 lo puso en práctica, exigiendo planes alimentarios nacionales y medidas de protección contra los desalojos. La soberanía alimentaria trae la paz al erradicar la desigualdad: las cooperativas de Rolpa curan las heridas de la guerra, las mujeres lideran iniciativas de agroecología y el derecho a la alimentación previene los disturbios provocados por el hambre. Sin embargo, las presiones corporativas persisten, pero nuestro movimiento perdura, demostrando que la paz florece en suelo soberano.

Pramesh Pokharel

All Nepal Peasants' Federation

POR QUÉ Y CÓMO REPENSAR EL CONFLICTO DESDE UNA PERSPECTIVA ECOSOCIAL

Teresa López Franco

Parece evidente que nuestras sociedades están obsesionadas con el delito: es el motor de una parte importante del entretenimiento que consumimos, como las series de detectives, los dramas carcelarios o las novelas de misterio. Sin embargo, rara vez nos preguntamos seriamente por él. ¿Qué significa el delito? ¿Cómo gestionamos el daño y el conflicto que el delito representa? ¿Son suficientes nuestras formas de abordarlo? ¿Cómo gestionaríamos el conflicto en el marco de sociedades sostenibles, justas e igualitarias?

Dos formas de gestionar el conflicto

Para empezar a responder a estas preguntas, permitidme proponer una comparación sencilla entre la gestión del conflicto a través de los aparatos penales del Estado y el modo en que los gestionamos en nuestras relaciones.

Cuando una amiga nos hace daño, recurrimos fundamentalmente a la palabra para resolver el conflicto. Nos enfrentamos a ella, le exponemos nuestras quejas, lo que nos ha dolido, tratamos de hacerle ver por qué no debería haber hecho lo que hizo e, idealmente, encontramos juntas una solución. La gestión penal del conflicto es diametralmente opuesta. Si en lugar de confrontarla directamente decidimos denunciarla, el conflicto termina siendo juzgado por otros, que deciden por nosotras lo que sucederá, a veces sin ninguna intervención nuestra más que una declaración inicial.

Una diferencia clave entre estos escenarios es el tipo de decisiones que se toman en cada uno: los sistemas penales imponen dolores, en forma de sanciones, como respuesta a las infracciones. Exigen pagos, privan de derechos, encierran a los infractores... Es poco probable, por el contrario, que en una confrontación directa con una amiga optemos por soluciones de este tipo. Antes bien, tenderemos a buscar soluciones conjuntas, algún tipo de reparación por su parte, como una

disculpa, un compromiso de actuar de otra forma en el futuro o alguna compensación que nos sea significativa. Además, todo esto se dará teniendo en cuenta el contexto que ha hecho surgir el conflicto, las circunstancias y las razones que lo han originado.

La ausencia de todos estos procesos lleva a teóricos como Nils Christie a denunciar que los aparatos penales funcionan «expropiando» los conflictos. Al pasar a manos de instituciones que carecen de vínculos significativos con los hechos y con las comunidades —como la policía, los tribunales y las instituciones penitenciarias— el conflicto se desnaturaliza y se separa del contexto en que se origina. Así, queda desconectado de las personas a las que ha afectado: sus preocupaciones, sus quejas, sus razones para actuar, sus intereses y sus aspiraciones poco tienen que ver con el proceso. Esta forma de gestión implica una pérdida de oportunidades muy valiosas para la producción de diálogos fructíferos, para la restauración de vínculos y la sanación de heridas, para la gestión cooperativa, y para la toma de decisiones en esferas de la vida que son de gran importancia para las personas.

Pues bien, ¿qué tiene todo esto que ver con la crisis ecosocial, con escenarios de transición, y con el campesinado?



Conceyu del Texu. Rozadas (Asturias), 22 de junio de 2008.
Foto: Ignacio Abella

Vuelta a las raíces

En primer lugar, tal como argumenta Aurélien Berlan, esta predisposición a desentenderse del conflicto está conectada con la aspiración de superar nuestra condición natural. Encontramos en este punto dos procesos complementarios. Por un lado, externalizamos las actividades más esenciales a la hora de sostener nuestra vida, como el cultivo de nuestros alimentos, invisibilizando y devaluando socialmente estas prácticas, descargándolas sobre otros. Algo similar sucede con el conflicto: preferimos vivir de espaldas a nuestros vecinos, desentendiéndonos de la necesidad de construir una convivencia con los demás. Esta convivencia involucra siempre la posibilidad del conflicto, de la confrontación. Así, nos dice Bérlan, igual que hemos descargado sobre el mercado la producción de bienes necesarios, como el alimento, recurrimos sistemáticamente al Estado para que gestione por nosotros nuestra vida política.

De este modo, volver a las raíces materiales de nuestra existencia, conectar con nuestra naturaleza finita y necesitada, con el hecho de que somos ecodependientes e interdependientes, implicará hacernos cargo tanto del sostenimiento de la vida física como de nuestra convivencia con quienes compartimos nuestro medio. Así, el área del daño y el conflicto es uno de los ámbitos que necesitamos replantear, en los que tenemos que cambiar nuestras formas de organización, además de nuestros imaginarios culturales.

Nuestras relaciones pueden salir fortalecidas y revitalizadas cuando enfrentamos un conflicto y somos capaces de abordarlo constructivamente.

Soberanía, comunidad, campesinado

En concreto, no es posible enfatizar demasiado el potencial que tiene el conflicto para crear oportunidades para el encuentro y la toma colectiva de decisiones. La idea más importante en este aspecto es que el conflicto no *rompe* las relaciones, como estamos acostumbrados a pensar. Si no se gestiona correctamente, por supuesto que tiene el potencial de hacerlo. Pero la experiencia cotidiana nos enseña que nuestras relaciones pueden

salir fortalecidas y revitalizadas cuando enfrentamos un conflicto y somos capaces de abordarlo constructivamente.

Lo mismo se puede decir de las comunidades. La gestión proactiva y responsable del conflicto aumenta la resiliencia de las comunidades: refuerza las relaciones entre sus miembros, permite asumir responsabilidades, reflexionar sobre los compromisos colectivos... La virtud de la resiliencia es especialmente relevante cuando hablamos de transición ecosocial: los cambios a los que nuestras sociedades se enfrentan se producirán en condiciones difíciles, marcadas por factores como la escasez de recursos o la variabilidad extrema del clima. En un contexto como este, que afectará de forma diferente al mundo urbano y al rural, la capacidad de cohesión de las comunidades será un elemento clave en su éxito, como argumentan Luis González Reyes y Adrián Almazán.

No estamos hablando aquí de imaginar comunidades en las que no existan normas, ni siquiera en las que no existan sanciones. De lo que se trata es más bien de *redirigir* la decisión sobre las normas, y sobre lo que sucede cuando estas se incumplen, a las comunidades mismas. Se trata, en pocas palabras, de aumentar las oportunidades de soberanía de las comunidades, de incrementar la cantidad de herramientas de las que disponen para organizarse autónomamente y para gestionar con éxito sus recursos.

Este punto es esencial. Podemos aclararlo echando mano de la obra de Elinor Ostrom y su trabajo acerca de los bienes comunes, tanto en el campo como en el mar. Ostrom nos enseña que la gestión exitosa de los bienes comunes depende de varias condiciones, que combinan la existencia de normas claras, la capacidad de los individuos para influir en las decisiones colectivas, pero también la imposición de sanciones razonables y la existencia para gestionar los conflictos. Vemos, por tanto, que el conflicto es esencial: para aumentar la soberanía del campesinado sobre sus propias formas de vida y su trabajo no basta con reflexionar acerca del momento «legislativo», es decir, sobre el modo en que se toman las decisiones. Por el contrario, hay que subrayar la importancia que tienen la imposición de sanciones, cuando estas proceden, y la gestión directa del conflicto, cuando este se produce. En otras palabras: dotar a las comunidades de la capacidad de decidir sobre su actividad productiva y sobre su forma de

El sostenimiento de la vida física y la construcción de una convivencia política activa son esferas que se retroalimentan, que no se pueden abordar por separado.

organizarse implica darles también la capacidad de decidir sobre los casos en que los compromisos se rompen o se producen daños.

Así, el sostenimiento de la vida física y la construcción de una convivencia política activa son esferas que se retroalimentan, que no se pueden abordar por separado. Pensar otras formas de organización del trabajo del campesinado, otras formas de propiedad de la tierra y los bienes que esta ofrece, implica necesariamente enfrentarse a la pregunta por quién y cómo decide las reglas del juego, cómo se hacen valer, pero también cómo dirigimos a nuestros convivientes cuando se producen conflictos. En este laboratorio de sociedades posibles, el rural tiene una importancia vital. No solo por la importancia del ámbito agroalimentario para el sostenimiento de la vida y para la reformulación de nuestros modelos productivos, sino, además, por las oportunidades que ofrece para poner en marcha otras formas de relacionarnos, otras comunidades posibles y otra forma de gestión colectiva de los recursos. ●

Teresa López Franco

Doctoranda en el Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid e integrante del Grupo de Investigación en Humanidades Ecológicas

Patricia Dopazo Gallego

«Nos une lo básico. Nos une la tierra y el querer vivir en paz»

ENTREVISTA A MAITE ARISTEGI, BASERRITARRA Y ACTIVISTA

Maite es abogada, pero sobre todo es campesina y de genealogía campesina. Vivió los años más convulsos del conflicto vasco desde el interior del sindicato agrario EHNE de Gipuzkoa, primero como técnica y luego como secretaria general de la confederación EHNE, en un momento (1986-2002) en el que el modelo industrial arrasaba y las mujeres tenían muy poca visibilidad y voz en el sector. Conversamos sobre sus aprendizajes en esa época de dolor y rupturas.

«Sigo aquí, de donde nunca me he ido», afirma Maite, refiriéndose a su caserío en Bergara (Gipuzkoa). Sigue con la huerta, las ovejas y el agroturismo que lleva junto a su hermano y que añadieron a la vivienda familiar hace veinte años, aunque ya está pensando en un relevo que mantenga y cuide la tierra y la cultura que heredó de sus padres.

Profesora de euskera, abogada, técnica de EHNE, diputada de Amaiur en Madrid, madre, y seguro muchas otras cosas, Maite nunca ha dejado el caserío ni su actividad en él. Desde allí viajaba y allí regresaba, asumiendo responsabilidades y retos propios de una época y un territorio. Hoy, mucho más tranquila, aporta a «una sociedad más justa, que sea antirracista, anticapitalista y desde luego que valore el sector primario como un sector básico» desde la organización feminista de su pueblo, la asociación de desarrollo rural y Etxalde, el colectivo baserritarra por la soberanía alimentaria de Euskal Herria. Mira al futuro con la

positividad que siempre le ha caracterizado, consciente de las dificultades, pero también de que «tenemos la fórmula, tenemos la receta perfecta».

¿Qué te sugiere el diálogo entre cultura campesina y cultura de paz? ¿A dónde te lleva?

Me parece un tema superinteresante y muy actual. Me lleva a la infancia, a mis padres, especialmente a mi madre y a la vida en este barrio rural. Hay una frase que ella decía: «Bakea ez da diruarekin ordaintzen» («la paz no se paga con dinero»).

Nosotros íbamos a casi cincuenta casas repartiéndole leche, verdura. No hacía falta un sello de calidad, había que cuidar a esas familias porque había un cariño, una relación. Mi madre me transmitió el amor a la tierra, a este oficio y a este modo de vida, pero sobre todo intentaba ponerse en la piel de los demás y buscar la paz. Porque, claro, en el campo los conflictos son



«Cuando hay un conflicto, buscar la paz es buscar dignidad para ambas partes, proteger los derechos de cada una y la justicia de base.»

diarios. Decía que para ella las vecinas, los vecinos, eran tanto o más importantes que la familia. Ahí hay un cruce de relaciones que ella vivía desde lo práctico, desde el convencimiento de lo importante que es convivir. Y para eso, muchas veces hay que ceder. Recuerdo cómo dirimía para que hubiera buena convivencia y dignidad en las pequeñas cosas del día a día. Porque cuando hay un conflicto, buscar la paz es buscar dignidad para ambas partes, proteger los derechos de cada una y la justicia de base. Lo mamé de ella y lo he tenido presente toda mi vida.

En la cultura campesina hay mucho de compartir, de intentar llevarse lo mejor posible. Esto está muy relacionado con el modo de ver femenino, aunque no me gusta generalizar, pero en lo que he vivido en mi infancia, en mi juventud, hay un sesgo de género muy importante. La cultura campesina no es flor de un día, es pensar en el futuro, es sostenibilidad, está ligada a un campo duradero, y eso va indisolublemente ligado a la búsqueda de paz.

¿Cómo impacta la llegada del modelo agroindustrial en esta cultura de cercanía que cuida la tierra y la convivencia? ¿Cuánto de cultura de no violencia piensas que tiene el campesinado de forma innata?

La visión campesina es la de una agricultura cercana a la tierra, no como posesión ni acumulación, sino como medio de vida para subsistir quienes vivimos alrededor de ella. Ese es el modelo de agricultura que nuestras madres y abuelas, mantenían por instinto. La tierra hay que cuidarla porque si no la cuida va a sufrir, como un ser vivo, pero también por propio interés, porque si no la cuida bien no me va a dar lo que necesito. Y, así, el modelo productivo pequeño es lo que hace perdurar y mantener la vida.

El modelo agroindustrial es al revés, es la acumulación, y luego ya todo lo que ha venido con el tema de la política agraria y las ayudas mal dirigidas, que han traído el caos, la desaparición y miseria para la mayoría en el campo. Y, si acumulas mucho, si tienes espacios tan grandes que no puedes cuidar bien, si pierdes autonomía y entras en deudas que te superan, ese modelo va a caer. Habría que invertir en maquinaria y en tecnología en función de lo que se puede mantener. Y ahí, tanto por lo que he visto en casa como en el sindicato, la visión de la mujer es mucho

más práctica y prudente: «¿de dónde viene esto? ¿Lo podemos controlar o no?». No sé, una visión desde el cariño a la tierra y al futuro. Pero han cortado con todo eso. Es la violencia lo que subsiste en este modelo industrial de acaparamiento y de pisar al compañero, de pensar que cuantos menos seamos, mejor.

Hablas del papel de las mujeres baserritarras y su filosofía del cuidado, que visualizamos fácilmente en lo cotidiano. Si lo trasladamos al conflicto en Euskal Herria, ¿qué papel jugaron las mujeres baserritarras? ¿Intervino esa cultura del cuidado en el proceso de paz?

Las mujeres intervinieron de una manera bastante oculta, porque a pesar de la importancia de la mujer en el caserío vasco y en todo el sector, partimos de una situación de desigualdad inmensa, sobre todo de cara a lo público y a la hora de tomar decisiones importantes. En el conflicto vasco la mujer ha sufrido mucho en silencio. Ahora están saliendo a la luz documentos, experiencias, que hablan de esto. Un conflicto armado tiene una trastienda muy pesada.

El fin del conflicto armado ha sido unilateral, impulsado desde aquí, y eso exige una gran empatía, un planteamiento profundo de ponerse en el lugar del otro, de tratar de acabar con el sufrimiento de ambas partes y abrir otras vías

para superar el conflicto. Y ahí hay un impulso muy importante de las mujeres en el día a día, en los barrios, en los pueblos. Y a nivel organizativo, también, en el sindicato costaba desbloquear e intentar ir hacia escenarios de paz, y ahí estaban también las mujeres baserritarras aportando.

¿Cómo se situó un sindicato agrario como EHNE en el conflicto vasco?

En EHNE veníamos de un momento de apertura, de relacionarnos más con organizaciones de consumidores, ecologistas, con otros sindicatos de trabajadores, y cada vez era más difícil no posicionarnos en la vida política. Hay que tener en cuenta que entonces el colectivo de presos políticos casi llegaba a las mil personas y eso, con la dispersión de presos, suponía muchísimas madres, hermanas, viajando cada semana a todos los puntos del estado. Era una carga muy importante para ellas. Había que responder. Dimos el paso de implicarnos porque, como organización agraria, era fundamental contar con la sociedad para lograr los objetivos de defensa del sector y de la soberanía alimentaria. Aquel escenario de tantos años de represión, por un lado, y de respuesta violenta por otro era insostenible y había que impulsar vías democráticas. El primer paso fue la participación, recuerdo, en una huelga de hambre por el respeto a los derechos civiles y democráticos de los presos. Fue importante nuestra voz porque, aunque ya cada vez había más mujeres en EHNE, todavía era muchísimo mayor el peso público de los hombres. Pienso que nosotras éramos feministas sin saberlo, no le poníamos el nombre.

También fue importante la aprobación de un decálogo de lo que serían los puntos a defender por EHNE para impulsar con el resto de la sociedad el proceso de paz. Ahí perdí algunas amistades. Como independentista de izquierdas, y como secretaria general, me veían como una traidora. La búsqueda de paz exige pasos arriesgados y hace falta tiempo para asimilarlos. Después, todos se subieron a ese barco. De todas formas, se mezclaba también con los debates y conflictos sobre qué modelo productivo defender y en su momento esto supuso una fractura importante en EHNE y la confirmación de dos corrientes, una que sigue defendiendo ese modelo campesino, ligado a la tierra, y otro mucho más convencional e intensivo.

A veces en los conflictos, sobre todo en los largos, existe una polarización que paraliza. Por ejemplo, en condenar o no condenar la violencia armada. ¿Cómo se supera o esquiva esto para poder avanzar?

La polarización atravesaba el conflicto. Atravesaba nuestros cuerpos, nuestros trabajos, nuestra vida. A mi familia también le tocó verlo en su crudeza, al tener un hermano y un sobrino que estuvieron presos y fueron torturados. Vives eso en el día a día. Asesinatos, redadas, detenciones... ¿Condenas o no condenas? Represión-violencia, violencia-represión. ¿Qué es antes: el huevo o la gallina? Esa pregunta paraliza y no deja avanzar en lo fundamental: entrar a la raíz de las razones del conflicto y buscar respuestas, vías para que todas las violencias cesen.

Cuando hago memoria, veo que esta actitud es muy masculina. Mantenerse cada uno en su papel, en su sitio. Es lo que vemos ahora mismo en la política general, en el Estado. Las palabras, los insultos, las miradas. Ese enquistamiento es muy masculino. Y al pensar en las mujeres pienso más en el dolor. Veníamos de muchos años de cultura masculina y yo creo que en ese sentido se ha avanzado mucho y se sigue avanzando. La crudeza del conflicto armado cesó, pero el conflicto aún está ahí: aún estamos dando respuesta a sus consecuencias. Está el tema del relato y las aspiraciones de libertad de este pueblo. Aún queda mucho por hacer.

Durante aquella época pudiste participar en las primeras reuniones de La Vía Campesina, además de visitar territorios en conflicto. ¿Cómo alimentó esto tus posicionamientos?

Todo eso te da una mochila con la que tienes que hacer algo. Las relaciones que tenía el sindicato con la Coordination Paysanne Européenne y con La Vía Campesina te abren la perspectiva. Recuerdo un viaje que hicimos a Alemania, al poco tiempo de entrar en el sindicato. Allí estaban de vuelta de esa política industrial que se intentaba imponer aquí y aquello me reafirmó totalmente en que la solución era el lugar de donde yo venía, el caserío. Y luego, por supuesto, fue muy importante conocer de primera mano el proceso de paz de Irlanda, estar en El Salvador, en Venezuela, en Colombia... conocer la realidad del

La búsqueda de paz exige pasos arriesgados y hace falta tiempo para asimilarlos.

campesinado y de las mujeres allá y convencerte aún más de que hay darle la vuelta al modelo.

¿Y cómo sitúas a La Vía Campesina en este momento de incertidumbre, de aumento de conflictos y de odio?

La Vía Campesina es la respuesta al problema que tenemos. La respuesta al odio al diferente, al miedo a que me quiten «lo mío», al cambio climático, a cómo tenemos la tierra y a que las personas no pueden vivir en ella por estas prácticas de explotación. Con todo eso no puedes mirar para otro lado.

Creo que la Vía Campesina es una píldora que concentra todo lo que necesitamos y ya estamos tardando en llevarlo a la práctica. El problema es cómo lo hacemos. Pero nos une lo básico, nos une la tierra y el querer vivir en paz, y eso debería ser lo que aportemos al mundo. Trabajar desde lo pequeño, desde lo local, que es lo que yo vivo ahora en mi día a día, pero con esa visión de trasladarlo a nivel mundial.

Y al final es volver a lo que decía mi madre, que con tierra y con recursos todos podemos vivir. Yo es que pienso en aquellas mujeres, mi madre, mis tías..., su manera de cuidar todo. Este ha sido el bagaje más importante para mí. Su vida era el campo. La pena es que tenían que trabajar como mulas y tenían poquísimo espacio y poquísimo tiempo para la diversión. Pero el amor era la base de sus vidas y lo que podría cambiar este mundo.

Patricia Dopazo Gallego

Revista SABC

Si tienes espacios tan grandes que no puedes cuidar bien, si pierdes autonomía y entras en deudas que te superan, ese modelo va a caer.

Carles Soler

«Tradicionalmente, las mujeres somos mediadoras en los conflictos familiares y comunitarios»

EL PAPEL DE LAS MUJERES EN LA RESOLUCIÓN DEL CONFLICTO DE CASAMANCE, SENEGAL

Como en otras violencias olvidadas, poco o nada se habla de Casamance y aún menos del papel de las mujeres en la intermediación y resolución de este conflicto. Hemos tenido la suerte de entrevistar a la activista Seynabou Male Cisse para que nos hable, en primera persona, de cómo se organizaron para ser escuchadas y convertirse en protagonistas en la construcción de la paz. Un proceso que surge desde la base y que recupera el rol tradicional de las mujeres, sobre todo campesinas, para mediar en los conflictos.

Casamance es una región del sur de Senegal. El proceso colonial europeo hizo que gran parte de ella quedara separada del resto del país por Gambia, en su día colonia inglesa. Esta circunstancia geográfica, sus particularidades históricas y el abandono por parte del gobierno central han ido consolidando una idiosincrasia que aleja a Casamance de sentirse parte de Senegal.

En la década de los setenta, la sequía persistente en la región del Sahel afectó duramente a la economía senegalesa y agravó el abandono en que el gobierno había mantenido la región desde la independencia de Francia en 1960. En este contexto, el 26 de diciembre de 1982 una manifestación pacífica para reclamar al gobierno de Dakar que corrigiera esta situación fue violentamente

reprimida. Ello provocó que el MFDC (Mouvement des Forces Démocratiques de Casamance) iniciara una resistencia armada y reclamara la independencia de esta región, convirtiéndose en un «conflicto de baja intensidad» que, en estos 40 años, ha dejado un balance de 5.000 personas muertas y más de 60.000 desplazadas, que han afectado sobre todo a las zonas rurales.

Seynabou Male Cisse, profesora y activista por los derechos de las mujeres y por la paz, afirma que hoy, aunque no ha habido enfrentamientos armados en los últimos años, el conflicto persiste. «Hay pequeños grupos armados y, desde la desaparición del líder del MFDC, Abbé Diamacoune, no existe un liderazgo que aglutine a todas las facciones del movimiento. Pero sigue



Seynabou, en el centro, en las actividades comunitarias en las que se usa el baile y el teatro para promover la cultura de paz. Foto: © Jonathan Torgovnik/AJWS

habiendo robos y escaramuzas, y no hay que olvidar que aún hay minas. El actual gobierno de Senegal tiene raíces en Casamance y es importante mantener ese enlace con los que gobiernan; pero, como dan por terminada la guerra, no sienten la necesidad de negociar. Para mí esto no es positivo. Si hemos estado en conflicto durante 40 años, no podemos dar por resuelto todo lo sufrido de la noche a la mañana».

Seynabou es fundadora y coordinadora del Comité Régional de Solidarité des Femmes pour la Paix en Casamance, conocido como USOFORAL, que en lengua diola significa 'mano a mano' (soyons solidaires). Hablamos con ella para conocer mejor el trabajo de esta organización de mujeres, que tuvo un papel importante como mediadora en el conflicto de Casamance.

¿Cómo nace el comité de mujeres y cómo se crea USOFORAL?

En octubre de 1978, cuando llegué a Ziginchor como profesora de historia y geografía, me involucré en la organización de una escuela de autoayuda para ofrecer a niñas, madres solteras y mujeres excluidas del sistema escolar oficial la posibilidad de continuar con sus estudios. Pero queríamos que fuera algo más que impartir clases: queríamos que conectara con la comunidad. Gracias a *causeries* ('debates abiertos') y reuniones con mujeres de estas comunidades, empezamos a tratar temas como el embarazo

adolescente o la anticoncepción, entre otros. Sin embargo, en 1983-1984 estas actividades se vieron bruscamente interrumpidas por el enfrentamiento bélico entre el gobierno y el MFDC. Era una guerra de guerrillas en la que salir se volvió muy peligroso y llegaron a prohibirse las reuniones.

Era una situación desconocida para nosotras, con una represión feroz, numerosos arrestos y un clima de miedo. Esta realidad nos desbordó y nos preguntamos si solo éramos observadoras o había algo que pudiéramos hacer. Entre amigas y camaradas de izquierdas empezamos a pensar cómo posicionarnos y cómo definirnos, porque no podíamos seguir ignorando lo que ocurría.

Uno de los hechos políticos que nos han condicionado fue la fragmentación de África sin tener en cuenta las fronteras socioculturales.

Y así fue como la Comisión de Mujeres y Desarrollo de la escuela creó un comité de reflexión con mujeres de diversos orígenes en Casamance que nos condujo a la necesidad de formar un gran foro de mujeres para involucrarse en la construcción de la paz. Vimos que las mujeres rurales, que eran las más afectadas, debían estar al frente. Así se decidió crear en 1999 el Comité Régional de Solidarité des Femmes pour la Paix en Casamance, al que llamamos USOFORAL.

¿Hasta qué punto el colonialismo fue responsable del conflicto de Casamance?

Uno de los hechos políticos que nos han condicionado fue la fragmentación de África sin tener en cuenta las fronteras socioculturales. Personas con la misma cultura se encontraron en lados diferentes de una frontera arbitraria. Esta fragmentación sigue desempeñando un papel clave en los conflictos del continente africano. Eran sociedades tradicionalmente unidas y la colonización las dividió.

¿Cuál fue el papel de USOFORAL en el conflicto de Casamance?

En primer lugar, movilizamos a las mujeres rurales, que representan el 70 % de las mujeres de Casamance. Mediante la sensibilización y con representaciones teatrales mostramos que la guerra no era buena para nosotras y que éramos las principales víctimas. Pero, sobre todo,

insistimos en que teníamos un papel importante en la mediación. Esta acción comunitaria no supuso dificultades, porque tradicionalmente las mujeres somos mediadoras en los conflictos en el ámbito familiar y comunitario. La tradición, como «dadoras de vida», nos otorga la capacidad de proteger la vida y actuar como mediadoras.

De hecho, fue el propio Abbé Diamacoune, líder del MFDC, quien dijo que las mujeres eran las «bomberos de Casamance». Fue interesante ver la movilización: manifestaciones, oraciones y súplicas tanto a las autoridades gubernamentales como al MFDC, exigiendo el fin de la violencia y que se sentaran a la mesa de negociaciones, incluyéndonos también a nosotras. No fue fácil: para ellos no era el rol de las mujeres.

¿Cuáles son los elementos para el éxito en este proceso?

Para nosotras fue una conquista que, al final, se nos considerara mediadoras y se reconociera nuestro papel. Pero el éxito fue no conformarnos con que este conflicto se resolviera sin más, sino aprovechar esta resolución para adquirir, como mujeres, derechos y espacios.

Comenzar a hablar hizo que afloraran muchos otros temas de debate: la soberanía alimentaria, la elección de la agricultura que debemos implementar, la propiedad de la tierra... A menudo, en estas comunidades, la tierra pertenece a la familia, pero la gestionan los hombres; las mujeres no tienen parcelas propias. Por ello optamos por una intervención holística. Debemos trabajar en la construcción de la paz dotando a las mujeres rurales de conocimientos, habilidades y capacidad de movilización y defensa, y garantizar que tengan acceso a la tierra y decidan cómo trabajarla.

Está claro que las mujeres deben movilizarse para la construcción de la paz; pero para que la paz verdadera se consolide y sea sostenible, debe asentarse en una sociedad equitativa. Eso es todo.

Ahora que hablas de la tierra, ¿quién la gestiona?, ¿a quién pertenece?

No es fácil de explicar. Teóricamente la tierra pertenece al estado, que puede y debe cederla a quienes la trabajan. Sin embargo, la gestión de gran parte de las tierras ha sido cedida a la comunidad local (ayuntamiento), a quien se debe solicitar. En principio, es la comisión de tierras quien toma la decisión. Esta comisión

«La parenté à plaisanterie», un pacto de paz entre diferentes

En África occidental existe una práctica conocida como parenté à plaisanterie, que también se mantiene en Casamance. Es una especie de hermandad interétnica de carácter sagrado. «Significa que si yo soy tu cousin à plaisanterie (literalmente, 'primo bromista'), es como si hubiera un pacto de sangre entre nosotros».

Mediante este pacto, dos etnias se autorizan mutuamente a burlarse e incluso a veces a criticarse sin que nadie se enfade. Funciona como un mecanismo de estabilización social: en Senegal es raro ver a dos personas de dos «etnias primas» enfrentarse, cualesquiera que sean los intereses en juego. Al contrario, cuando dos personas descubren que pertenecen a etnias primas, desarrollan espontáneamente una amistad y una solidaridad en nombre de este pacto.

El cousinage à plaisanterie está presente en todos los segmentos de la sociedad senegalesa, incluso en los lugares de trabajo, donde a menudo se aprovecha para desarrollar la solidaridad entre compañeros y facilitar la integración de algunos trabajadores.

«Aquí, en medio del conflicto, se mató a personas por motivos étnicos; pero, en ciertas aldeas, se perdonó la vida a los sereres por ser cousins à plaisanterie de los diolas. De hecho, en un momento determinado, para gestionar la crisis, se trajo a personas de Sine (sereres) para pedir la paz a sus cousins, los diolas. Hay muchas asociaciones que trabajan para recuperar esta tradición y difundirla como una herramienta útil para la resolución de conflictos», explica Seynabou.

debe verificar si la tierra está ocupada o no, pero también investiga a qué familia del pueblo «pertenece» y, si es una familia con muchas tierras, se le hace ver la necesidad de ceder una parte de ella. Es un sistema híbrido: por un lado, el sistema estatal actual tiene el poder de decisión de cesión de tierras y, por otro, el sistema tradicional que permite llegar a un acuerdo.

Aquí la transferencia de tierras a grandes empresas no es tan común como en el norte de Senegal. La amenaza existe, pero también es cierto que el periodo de conflicto ha reducido el interés de estas empresas.

¿Cómo se transmite a la juventud esta cultura de paz y comunicación no violenta?

Nosotras trabajamos en tres ámbitos: con jóvenes en las escuelas, en organizaciones y en las comunidades. Promovemos la cultura de la paz a través del teatro y lo que denominamos universidades populares. En los pueblos nos encontramos en las plazas donde, tras una obra de teatro, se generan debates en torno a la reconciliación, la cultura de paz, la necesidad de vivir en paz, etc. En el ámbito escolar, nuestro objetivo es integrar la cultura de paz. Alguien dijo que la guerra no está en la mente de las personas y que es en esa misma mente donde deben erigirse las defensas de la paz.

Una reflexión: ¿crees que la cultura ancestral, la campesina, tuvo un papel importante en la búsqueda y la construcción de este diálogo de paz?

Cuando trabajamos para difundir esta cultura de paz en las aldeas, nos apoyamos en los pilares de la cultura comunitaria tradicional, como la solidaridad. Para mí, este enfoque ha sido fundamental en el proceso de retorno. En los momentos más duros de la guerra, muchas personas abandonaron sus pueblos para buscar refugio en países vecinos, como Gambia y Guinea-Bissau. En la sociedad tradicional, al construir una casa, todo el pueblo se presenta y ayuda en lo que se requiera. Es un trabajo en el que participa toda la comunidad y la familia de la casa se encarga de la comida. Para apoyar a quienes regresan hemos recuperado este trabajo solidario. Intentamos comprar láminas para los techos, movilizamos a la comunidad y preparamos comidas comunitarias.

Si las poblaciones han sobrevivido juntas hasta ahora, es porque existía un potencial de paz dentro de estas sociedades y supieron aprovecharlo eficazmente. Nuestro trabajo consiste en identificar y recuperar estos valores tradicionales positivos y rehabilitarlos para quienes han sido damnificados por la guerra. ●

Carles Soler
Revista SABC

Debemos trabajar en la construcción de la paz dotando a las mujeres rurales de conocimientos, habilidades y capacidad de movilización y defensa.

Resistencia no violenta

No es extraño confundir paz con aceptación. O con falsas soluciones que, si bien pueden desactivar el conflicto, en ningún caso lo resuelven. El antónimo de guerra no es simplemente paz; es libertad, como bien muestran tantos ejemplos de colonización: Palestina o el Sáhara Occidental. El olivo palestino representa la estrategia de resistencia, la *sumud*, que de muchas maneras encontramos también en el mundo rural cuando se ve agredido.

Acoger la resistencia campesina palestina



Vivir bajo las bombas de la guerra. Todas las violencias que se ejercen sobre Gaza y Cisjordania, y el propio ejercicio activo de resistencia, representan sobre los cuerpos de la resistencia palestina, altos niveles de estrés y agotamiento físico y emocional. En respuesta a ello, varios colectivos de base y organizaciones no institucionales han impulsado una iniciativa solidaria: acoger a grupos de campesinas y campesinos palestinos para estancias de corta duración en comunidades de agricultores, tanto rurales como urbanas. El objetivo principal es ofrecer a las y los participantes un espacio para descansar, recargar energías y experimentar un entorno de apoyo lejos de las intensas presiones en su lugar de origen, al mismo tiempo que se fortalecen los vínculos con redes de solidaridad del Estado español.

El primer intercambio está previsto en diciembre de 2025 y el segundo para la segunda mitad de 2026, con la previsión de acoger a unas quince personas en total.

Acogida Palestina, como se llama la propuesta, es un gesto de perseverancia, de determinación pacífica y un llamamiento a la unidad frente a la violencia y el colonialismo. Con la esperanza de que estos dos ciclos sean la base de un programa a largo plazo que fortalezca las redes internacionales de apoyo mutuo y el intercambio de conocimientos agrícolas.

N.º de cuenta IBAN:
ES71 1550 0001 2100 2298 2326
BIC: ETICES21XXX
Titular: Asociación Laboratorio Rural LabCasa
Escribe «acogida» en el concepto.

Apoyan la iniciativa: Revista Soberanía Alimentaria, Sindicato Andaluz de Trabajadores, Laboratorio Rural Labcasa, Alpujarra con Palestina, Fruta amb Justicia, Cooperativa Agroecológica la Acequia, Plataforma Córdoba con Palestina, Universidad de Córdoba con Palestina, Amigos del SOC SAT Almería, Cooperativa Agroecológica Hortigas, Plataforma de Solidaridad con Palestina de Sevilla.

Canal de Telegram del proyecto Acogida Palestina:
https://t.me/Acogida_Campesina

Galicia: Acción directa desde el común

A terra é nosa, seghimos coa mesma lucha i mesma idea, porque a terra hai moito tempo que quedou aí dos nosos antepasados e nunca tuvo outros dueños mais que todos os veciños en man común, e querémola tal e como nola deixaron nosos bisabuelos, abuelos e pais.

Las palabras certeras de una labrega del pueblo de Ponteareas, en 1978, ante la usurpación de las tierras comunales para convertirlas en monocultivos de eucaliptos, nos recuerdan que las actuales movilizaciones contra los extractivismos son hijas y nietas de una larga genealogía de luchas populares y campesinas.

Aún «cautivos y desarmados», nuestros pueblos practicaron el noble arte de la resistencia para defenderse del desprecio del poder y su desarrollismo violento. Desde la creación de una central térmica en Cerceda hasta los pueblos anegados por la represa de Lindoso, la acción directa fue parte de su digno legado de rebeldía: cortes de carreteras, ocupaciones de montes, destrucción de maquinaria, sabotajes, encierros, marchas, protestas.

Cuando despojaron los comunales para beneficio de la industria forestal, sus legítimas dueñas, simulando ignorancia y descuido, arruinaron plantaciones enteras con el pastoreo clandestino. Cuando quisieron abrir una mina a cielo abierto, empuñaron sus humildes paraguas frente a los guardias civiles y dejaron una huella imborrable de coraje en nuestra memoria colectiva. Cuando impusieron la afiliación forzosa a las Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos, se negaron a pagar las cuotas y expulsaron con gritos e insultos a quienes llegaron a embargar sus bienes para saldar aquella infame deuda. Cuando al progreso le sobraron las aldeas, defendieron con bravura nuestra tierra. «Não à Mina. Sim à Vida».

Documental: O monte é noso

Sergio S. Taboada

Palestine Action: desobediencia contra el genocidio

Bajo la neblina londinense, en 2020, se alzó un grito de lucha convertido en acción: Palestine Action (PA). Este movimiento de desobediencia civil británico tiene como objetivo poner fin al apartheid israelí mediante la presión internacional, centrándose en actuar contra empresas armamentísticas sionistas como Elbit Systems.

PA no ha hecho más que forjar la acción directa no violenta: la destrucción de material en una fábrica de Glasgow (2024) y la visibilización de la complicidad militar al pintar aviones en la base de Brize Norton, alegando transporte de armas para el genocidio de Gaza.

Estas acciones supusieron un elevado coste operativo a la industria armamentística, pero también graves consecuencias legales: el pasado 6 de julio, el Parlamento declaró a PA como «organización terrorista», una medida sin precedentes contra un grupo no violento y que acarrea penas de hasta 14 años de prisión. La represión se ha materializado en la detención de alrededor de 1.600 personas y con múltiples amenazas de pérdida de empleo por apoyar al movimiento.

La prohibición de esta organización activista por visibilizar la atrocidad y el genocidio contra el pueblo gazatí encendió la llama. La persecución judicial ha despertado una oleada de conciencia y debate público sobre Palestina en el Reino Unido, atrayendo a más participantes a las protestas. Además, el caso ha expuesto públicamente la fuerte influencia de Elbit Systems y su integración en el Ministerio de Defensa británico, confirmando los vínculos de poder que PA denunciaba.

Frente a las persecuciones judiciales, ha emergido el movimiento Defend Our Juries, que lucha contra la criminalización de la protesta y la ampliación del concepto de *terrorismo*, defendiendo abiertamente a PA. En el plano político, la postura del gobierno ha abierto una fisura en el Partido Laborista y el Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos ha calificado la condena de «desproporcionada e innecesaria» y ha instado a revocar la calificación de organización terrorista.

Palestine Action ha ganado el campo de batalla moral: ha obligado al pueblo a mirar, ha agrietado la fachada política y ha demostrado que personas de distintas generaciones, valientes y armadas solo con convicción, pueden airear los trapos sucios de la política sionista.

* Extracto del artículo «Zeu ere terrorista izan zaitezke, genozidioaren aurka eginez gero», publicado en *argia.eus*



Barroso, frente a la apisonadora del progreso

Hasta hace unos años, el Barroso era una de esas hermosas tierras rurales de Portugal conocidas apenas por sus gentes, por algunos aventurados turistas de naturaleza y por el pequeño radio de proximidad al que llegaban su miel, su carne o su vino, de calidad excepcional.

Lamentablemente, desde 2017, se ha convertido en un símbolo de la lucha contra el extractivismo voraz aterrizado en el norte global, que pretende abrir con un estreno triunfal la que sería la primera mina a cielo abierto del continente, calificada como estratégica por la propia UE. Se trata de casi 500 hectáreas de donde se extraerían litio, cuarzo y feldespato. Como casi cualquier territorio rural de la península ibérica, su situación, su población escasa y envejecida, la falta de servicios básicos y su pequeña economía agrícola lo convierten en una ideal «zona de sacrificio».

En junio de 2022, la Agencia Portuguesa de Medio Ambiente emitió un dictamen «desfavorable», reconociendo su incompatibilidad con la clasificación de «Patrimonio Agrícola Mundial» y con el modo de vida local. Sin embargo, en mayo de 2023, emitió una Declaración de Impacto Ambiental (DIA) «condicionada favorable», confirmando los temores de la comunidad de la connivencia del Estado con la inversión privada. En esta tesitura, habitantes y activistas se enfrentan diariamente a la presión de los supuestos

trabajadores de la empresa y de la propia policía nacional (GNR), apoyada por la concesión de servidumbre administrativa para las labores de prospección.

Efectivamente, hay quienes desisten frente a la apisonadora del progreso, pero el posicionamiento de la comunidad de propietarios de los terrenos comunales (los llamados baldíos), en cuyos terrenos se sitúa un 71 % del proyecto, es rotundo: «Barroso no se vende, se ama y se defiende». Y así los apoyan los centenares de activistas de todo el país y de muchos otros que no solo acuden al campamento anual en defensa del Barroso, sino que también emprenden acciones legales, presentan peticiones, organizan encuentros, caravanas, residencias artísticas e incluso ponen el cuerpo frente a las máquinas, codo con codo con la población local.

Gracias a ello se han ganado muchas batallas: se han detenido hasta hoy la mayoría de las labores de prospección, se ha eliminado la presencia permanente de la empresa en la aldea y se han tejido redes de apoyo que vislumbran más triunfos e incluso hay quienes han descubierto en el Barroso su hogar. De hecho, en este momento está en marcha la rehabilitación de una casa cedida a activistas, cuyo financiamiento podéis apoyar.

Eva García Moreno, colaboradora del campamento em defesa do Barroso barrosoemminas.org

Yexibeth Cadenas, Fabián Pachón y Angélica Clavijo Ariza

LA ESPERANZA CAMPESINA EN TIEMPOS DE DESARRAIGO

CONSTRUCCIÓN DE PAZ DESDE LAS INFANCIAS Y JUVENTUDES CAMPESINAS

En un mundo globalizado en el que el modelo de vida social, político y económico predominante se basa en la explotación y en la violencia, el campesinado colombiano se alza como esperanza desde la «re-existencia», como una forma orgánica de resistencia y construcción de paz a partir del cuidado de la vida. Desde las montañas, páramos, llanuras y ríos del país, el campesinado construye, día a día, una paz anclada en la persistencia de seguir cultivando, organizándose y soñando a pesar de la guerra y del olvido.

La historia del campesinado colombiano es una historia de exclusión y de lucha por ser reconocido. Durante décadas, los hombres y mujeres campesinas fueron invisibles en las estadísticas oficiales, ausentes en las políticas públicas y negados como sujetos políticos.

Su aporte a la economía y a la cultura nacional era evidente, pero su existencia jurídica y simbólica permanecía diluida bajo la categoría de «población rural». Frente a esta negación, el movimiento campesino emprendió una larga batalla por el derecho más básico: el derecho a existir ante el Estado y ante el conjunto de la sociedad.

Reconocimiento político

Solo hasta 2019, tras una larga batalla jurídica, el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), en cumplimiento de la sentencia STP2028 de la Corte Suprema de Justicia, desarrolló un instrumento específico para identificar a la población campesina del país. Dicha sentencia fue la respuesta de la Corte Suprema de Justicia a una tutela de 1.770 campesinos y

campesinas que pedían su inclusión en las estadísticas oficiales del Estado.

Tres decisiones tomó la Corte: 1) solicitar la realización de estudios para delimitar el concepto de *campesino*; 2) recabar información estadística sobre esta población; 3) formular políticas públicas específicas para el campesinado colombiano.

En el marco del cumplimiento de esa sentencia, el DANE desarrolló una serie de preguntas encaminadas a la indagación de la identificación subjetiva del campesinado, cuestiones alimentadas por el diálogo con las organizaciones campesinas. De este trabajo ha derivado el desarrollo de instrumentos que permiten hoy al país contar con información básica (aún no suficiente) sobre este perfil de población.

Gracias a ese proceso, en Colombia, han sido identificadas como campesinas 10.208.534 personas (es decir, el 20 % del total de la población colombiana). De ellas, el 48,8 % son mujeres y el 51,2 % son hombres. La población campesina tiene un mayor número de personas ubicadas en los rangos de edad más altos, entre 41 y 64 años y

de 65 en adelante (53,7 %). Un indicador que evidencia el envejecimiento del campo y alerta sobre la pérdida de relevo generacional que amenaza su continuidad.

Este primer reconocimiento fue seguido de un avance histórico: el Acto Legislativo 01 de 2023, que modificó el artículo 64 de la Constitución Política para declarar al campesinado como sujeto de derechos y de especial protección, incluyendo el derecho a la tierra y la territorialidad.

Este acto ha sido el primer paso en la vía de la transformación de la mirada institucional sobre el campesinado. Gana lugar una visión política que lo reconoce como actor económico, social, cultural, ambiental y, sobre todo, político. Además, impone al Estado la obligación de garantizar su protección integral, reconociendo su papel en la soberanía alimentaria y en la defensa del territorio. Asimismo, con ello se modificó parcialmente la inicial abstención del Estado colombiano en la aprobación en 2018 por parte de la Asamblea General de la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Campesinos y de otras Personas que Trabajan en Zonas Rurales (UNDROP).

Posteriormente, se logra un nuevo avance que es el reconocimiento del campesinado como víctima colectiva del conflicto armado. La Unidad para la Atención y Reparación de las Víctimas,

junto con otras entidades, ha avanzado en la reparación y restauración de familias y organizaciones campesinas.

Este proceso no es solo una medida jurídica: es un acto de memoria y justicia que devuelve al campesinado su condición de actor central en la construcción de paz. La violencia lo despojó de su tierra, al igual que de su identidad. Su recuperación es un acto social y político de reconstrucción del tejido social y simbólico y, por esa vía, un paso en la construcción de la paz. Una paz que trasciende el silenciamiento de las armas y se construye desde la dignificación de los colectivos y sujetos políticos que sostienen la vida en los territorios.

FENSUAGRO y la defensa de la tierra desde la pedagogía

Estos avances en materia de reconocimiento político no habrían sido posibles sin la organización popular persistente. Entre ellas, FENSUAGRO (Federación Nacional Sindical Unitaria Agropecuaria) se ha consolidado como una de las más representativas. Próxima a cumplir cincuenta años de existencia, FENSUAGRO ha sido un escenario organizativo de lucha colectiva por la reforma agraria integral, la soberanía alimentaria y la defensa de los derechos del campesinado.

Con presencia en 29 departamentos y más de 70 organizaciones afiliadas, FENSUAGRO ha apostado por la formación como herramienta de emancipación. Su propuesta educativa parte de una idea radical: todos los miembros de la familia campesina —niños, jóvenes, mujeres y adultos mayores— son portadores de saberes y protagonistas de la transformación social. Por eso, su acción no se limita a la defensa sindical o política; se extiende al ámbito de la educación, la cultura y la organización comunitaria.

Aquí se enmarca el Instituto Agroecológico Latinoamericano María Cano (IALA María Cano), también conocido como la Universidad Campesina. Con sede en la vereda Brasil, municipio de Viotá, al sur de la provincia del Tequendama, en Cundinamarca, el IALA se ha convertido en un laboratorio de pedagogía popular y agroecología. Su lema, «aprender haciendo y educar produciendo», resume una filosofía profundamente política: el conocimiento se cultiva en la tierra, en el diálogo intergeneracional y en la práctica solidaria.

El IALA María Cano propone una educación campesina crítica, vinculada al territorio y a las realidades de las comunidades. A través del arte, la música y el juego, se invita a los niños, niñas y jóvenes a preguntarse: ¿qué comemos?, ¿de dónde vienen nuestros alimentos?, ¿quiénes somos y de dónde venimos? Estas preguntas sencillas se convierten en un ejercicio político de reconocimiento: distinguir entre lo propio y lo impuesto, valorar la producción local frente al mercado global y reafirmar la identidad campesina frente a las narrativas que asocian el progreso con el abandono del campo.

De esta manera, el IALA no solo forma campesinos y campesinas; forma sujetos críticos, capaces de resistir a la educación despolitizada y funcional al capital. En un contexto de precariedad educativa (marcado por la falta de docentes, infraestructura y pertinencia cultural, social y territorial), esta experiencia se convierte en un referente de educación para la vida y para la paz. Su pedagogía promueve la solidaridad, el trabajo colectivo y el respeto por la naturaleza como valores esenciales para una convivencia justa y sostenible.

El trabajo del IALA y de FENSUAGRO es, en sí mismo, un acto de construcción de paz territorial. Al reconstruir el tejido comunitario y promover la soberanía alimentaria, reconfiguran el sentido de la política, orientándolo al cuidado de la vida, la defensa del territorio y garantizar la continuidad de los saberes locales.

Relevo generacional: infancias y juventudes, una fuerza creativa

FENSUAGRO, en alianza con otras organizaciones, como la Coordinadora Camperola del País Valenciano (CCPV-COAG) y la Fundación Mundubat, centra sus esfuerzos en hacer posible que el territorio rural del país garantice el Buen Vivir, y con ello contribuir a la consolidación y perduración de la identidad campesina. Sin embargo, la cuestión

Actividades para la construcción de paz y de sentimiento de pertenencia.
Foto: FENSUAGRO



agraria persiste como problema central de las desigualdades que hacen imposible la consolidación de la paz, que obliga a una constante resistencia desde una economía campesina, así como a resistir los ataques de políticas económicas establecidas por los tratados de libre comercio y la implantación de procesos impuestos por dinámicas del agronegocio en manos de corporaciones.

Tal tensión, en lo económico, social y cultural, ha generado diferentes problemáticas, entre las cuales FENSUAGRO señala como determinante los efectos de la migración de la juventud campesina a zonas urbanas. El movimiento campesino colombiano enfrenta hoy un desafío crucial: la pérdida de sus juventudes e infancias. La violencia, la pobreza, la falta de oportunidades educativas y el imaginario urbano del progreso han provocado un éxodo silencioso de jóvenes hacia las ciudades. En muchos territorios, el campo envejece y la transmisión de los saberes se interrumpe.

FENSUAGRO y el IALA María Cano han comprendido que la construcción de paz pasa por generar condiciones de vida digna, pero también de arraigo y sentido de pertenencia. Por ello, han incorporado a sus procesos formativos a niños, niñas y jóvenes, como protagonistas. Trabajar con las infancias y juventudes campesinas significa reparar los proyectos de vida fracturados por la violencia, pero también sembrar las bases de la territorialidad campesina.

En los espacios de encuentro e intercambio facilitados por el IALA María Cano, los niños,

Todos los miembros de la familia campesina —niños, jóvenes, mujeres y adultos mayores— son portadores de saberes y protagonistas de la transformación social.

Comprender el conflicto armado en Colombia: territorios campesinos y violencia estructural

El conflicto armado en Colombia tiene más de seis décadas de duración y está estrechamente vinculado a la concentración de la tierra, a las desigualdades persistentes y a la limitada presencia estatal en amplias regiones del país. En este escenario surgieron grupos guerrilleros que reclamaban reformas políticas y agrarias, a quienes se opusieron directamente fuerzas estatales y grupos paramilitares. La posterior influencia del narcotráfico añadió nuevos actores e intereses, lo que incrementó la disputa por territorios estratégicos.

Según un informe presentado ante la Comisión de la Verdad por siete organizaciones campesinas,¹ el campesinado ha sido «la principal víctima» del conflicto. De acuerdo con este análisis, de aproximadamente 430 000 víctimas fatales del conflicto, al menos 251.000 serían campesinos y campesinas. El informe documenta patrones de desplazamiento forzado, despojo de tierras, restricciones a la movilidad y estigmatización sistemática de comunidades rurales. Destaca también el impacto particular que todo esto tiene sobre las mujeres campesinas, víctimas además de esclavitud sexual y doméstica.

1. <https://web.comisiondelaverdad.co/actualidad/noticias/presentacion-informe-guerra-contra-el-campesinado>

niñas y jóvenes redescubren la tierra como espacio de creación y libertad. La agroecología, la música y las expresiones artísticas se mezclan con la reflexión, generando un lenguaje propio que combina la memoria con la imaginación.

Las mujeres y hombres campesinos mayores comparten sus experiencias y saberes, mientras las nuevas generaciones aportan nuevas formas de organización y comunicación. Este intercambio intergeneracional es una forma de resistencia frente a la fragmentación social impuesta por la guerra y el mercado.

La educación campesina que allí se gesta busca formar infancias y juventudes con conciencia histórica y creativa, capaces de reconocer que la paz se cultiva desde la huerta escolar, la asamblea y la olla comunitaria.

En este contexto de organización y formación popular, la pregunta por la identidad campesina es una pregunta por el futuro del país. ¿Qué tipo de sociedad queremos ser si los hijos e hijas del campo no pueden seguir sembrando la tierra de sus abuelos y abuelas? ¿Qué paz es posible si desaparecen las culturas que han sostenido la vida en los territorios?

Construcción de paz desde la re-existencia del campesinado como esperanza y horizonte

El IALA María Cano, las escuelas campesinas, las huertas escolares y los intercambios

intergeneracionales son expresiones de una paz vivida. En ellos, la educación es un acto político y el conocimiento una herramienta de liberación y creación de posibilidades. Allí, la infancia y la juventud no son agentes receptores, son actores del presente y guardianes no del futuro, sino de un presente más digno.

El campesinado colombiano nos recuerda que la paz no es la meta de un proceso político, sino el camino a seguir. Cada semilla plantada, cada niño, niña o joven que aprende el nombre de su territorio, cada mujer que defiende su parcela, cada comunidad que recupera su voz, son gestos de paz. Frente a un modelo que sistemáticamente destruye la vida, las comunidades campesinas apuestan por reconstruirla.

Yexibeth Cadenas y Fabián Pachón

FENSUAGRO

Angélica Clavijo Ariza

Mundubat



DE UN VISTAZO Y MUCHAS ARISTAS

Revista SABC



DIÁLOGO Microconflictos y cultura de paz en el medio rural

CONVERSAMOS SOBRE LOS MICROCONFLICTOS Y LA CULTURA DE PAZ, REVISANDO LAS TENSIONES Y LAS VOCES QUE SUSURRAN LA ARMONÍA DE LA VECINDAD Y EL SABER DEL CAMPESINADO.

Laia Batalla: Vivo en la comarca de El Pallars Sobirà, en el Pirineo catalán y trabajo en la Escola de Pastors i Pastores de Catalunya. Nos dedicamos a favorecer el relevo generacional de la ganadería extensiva. Además, soy «neorrural» y llevo 13 años en el pequeño pueblo de Llagunes (municipio de Soriguera), que tiene 15 habitantes. Mi hijo de casi 8 años es el único niño del pueblo. Me genera mucha ternura pensar en las dinámicas de convivencia que hay en el pueblo y lo bien acogida que me siento aquí.

Miguel García Rodríguez: Soy campesino y trabajo la agricultura ecológica en mi pueblo, Paredes de Nava (Palencia), cuna de figuras como Jorge Manrique y Pedro Berruguete. A pesar de tener solo 2000 habitantes, es un lugar cómodo para vivir. Tenemos colegio, guardería, instituto y centro de salud, algo que valoro especialmente como padre de dos hijas pequeñas. Estamos en lucha permanente contra la usurpación del patrimonio y el territorio debido a una colonización de grandes multinacionales y fondos de inversión. También estoy involucrado en la recuperación de variedades antiguas de trigo de mi zona y en la creación de un banco de semillas.



Laia Batalla

Cultura de paz, cultura campesina: ¿qué os viene a la cabeza al asociar estas dos miradas?

Miguel: Creo que hay una diferencia entre el campesinado, que cuida y siente la tierra, y el agricultor que cultiva grandes superficies sin ese vínculo. La cultura campesina tradicional se está perdiendo en los pueblos y, con ella, los valores asociados a la paz, el apoyo mutuo y el sentimiento de comunidad.

Pero también en los pueblos tenemos ya una «desconexión brutal». Aquí hay niños que nunca han visto una gallina.

Laia: Lo primero que me ha venido es el apoyo mutuo. No quiero romantizar al campesinado. Al final del día tenía que estar la cosecha y otras muchas cosas más. Se necesitaba a gente. Este apoyo se ha mantenido durante mucho tiempo. Y no es lo mismo vivir en el campo que vivir del campo. Esta desagrarización es lo que nos lleva a una urbanización del medio rural. A pesar de esto, creo que en ecosistemas más pequeños, como es mi caso, la falta de servicios cercanos genera una mayor dependencia de la vecindad y los favores mutuos. Mantenerse en estos pueblos implica una gestión de la convivencia lo más cercana posible, con un objetivo común que antes se relacionaba con la autosuficiencia y ahora con el deseo de tener pueblos vivos. Aunque la convivencia y la ayuda mutua surgieron por necesidad, el contacto social que generan contribuye a mejorar a las personas.

En ecosistemas más pequeños, como es mi caso, la falta de servicios cercanos genera una mayor dependencia de la vecindad y los favores mutuos.

¿El desarrollo de macroproyectos es uno de los factores que internamente crea tensiones en los pueblos y en la convivencia?

Miguel: Ahora estamos luchando contra las macroplantas de biogás y esto genera mucho conflicto, incluso en los círculos más próximos.

Por ejemplo, en algunas familias el patriarca alquila sus parcelas para instalar placas solares y genera conflictos entre hermanos. Aunque esta decisión afecte al hermano agricultor, el único que ha decidido quedarse en el pueblo, su opinión no se tiene en cuenta. Para mí es injusto que se priorice el beneficio económico sobre el modo de vida de quienes apuestan por el medio rural.

Laia: Aquí es todo muy distinto. La comarca donde vivo, con unos 7000 habitantes, está claramente tensionada por el monocultivo del turismo. El río está sobreexplotado por el rafting; en invierno, las montañas, con las pistas de esquí; en verano, el senderismo, entre otras actividades. Aquí hay una olla a presión y tampoco existe un frente común, pero no se produce una fractura social por este motivo.

Mi pueblo forma parte de un municipio con varios pueblos agrupados; hay un sentimiento de pertenencia al pueblo, no al municipio. La gestión es autónoma y hay una figura, una persona importante, que vela por la paz social, lo que facilita que nos centremos en lo que nos une y no en lo que nos separa.

Tenemos una asociación de vecinos que funciona bien, con dinámicas diferentes a las de otros movimientos sociales en los que he participado, teóricamente más transversales, pero en los que a veces los egos o las individualidades dificultaban mucho avanzar. En las reuniones de la asociación

Pueblos vivos para preservar la memoria

Desear que los pueblos rurales estén vivos es mucho más que mantener casas ocupadas: es reivindicar la vida comunitaria, el vínculo con la tierra, la identidad compartida y la paz social. Es oponerse a habitar sin arraigo, a moverse sin pertenecer, a vivir sin comunidad. Cuando un pueblo rural está vivo —con actividades agrarias, ferias, encuentros comunitarios, cuando tiene escuelas, cooperativas, etc.—, ese espacio deja de ser simplemente «un lugar de paso» y se convierte en un referente de identidad para quienes lo habitan o lo sienten como suyo. Esa identidad no tiene por qué ser rígida, ni nostálgica; puede tratarse de una identidad que reconozca la memoria y la proyecte hacia el presente y el futuro: innovación, agroecología, nuevas relaciones entre lo urbano y lo rural.

En un pueblo vivo, los espacios públicos cobran sentido: la plaza, la escuela, el local social, la asamblea vecinal... Todo ello fomenta la interacción, el diálogo y la participación. Las tensiones tienen canales de resolución y los conflictos se diluyen con la cotidianidad compartida. Frente a dinámicas de individualismo urbano, apostar por pueblos vivos significa también contrarrestar el aislamiento, la fractura social y el desarraigo.

Laia Batalla

de vecinos evitamos discusiones estériles priorizando objetivos concretos para el pueblo, como organizar fiestas (lugares de encuentro y para compartir), caminatas y recuperar bienes comunales.

¿Qué otros conflictos históricos se viven en vuestros pueblos y cómo lo resolvéis? ¿Intervienen otras personas mediadoras en este proceso?

Laia: En mi pueblo no hay conflictos internos gracias a la autogestión por parte de las vecinas. En cambio, en el pueblo de al lado, que forma parte del mismo municipio, sí que existen problemas relacionados con el agua, especialmente por su escasez y por las horas estipuladas de riego. A la gente de fuera le cuesta entender este tipo de gestión porque no lo han vivido históricamente.

La cultura campesina tradicional se está perdiendo en los pueblos y, con ella, los valores asociados a la paz, el apoyo mutuo y el sentimiento de comunidad.

Pongo un ejemplo claro de la importancia de conservar la memoria de una forma de habitar.

En Llagunes hay un comunal de bosque que se había perdido y que ahora figura inscrito como titularidad del ayuntamiento. Gracias a varias personas mayores que dijeron: «No, no, esto es comunal del pueblo de Llagunes», hemos emprendido acciones legales, sin que haya conflicto con el ayuntamiento para recuperar este comunal destinado al aprovechamiento de madera por los



Miguel García Rodríguez

vecinos y vecinas de Llagunes. Si no hubiera sido por estas personas que tenían clarísimo que esto era comunal, la gente joven no lo hubiera sabido ni disfrutado nunca.

Miguel: La cuestión de la memoria que menciona Laia es fundamental. Aquí, tenemos 1000 hectáreas de terrenos comunales. Hace muchos años era monte; pero, por necesidad, la población lo convirtió en superficie cultivable, que hoy se gestiona con muy poca mano de obra. Pues bien, el ayuntamiento acotó 460 hectáreas para proyectos de energías renovables. La Junta Agropecuaria denunció el caso al Tribunal Superior de Justicia de Castilla y León, ya que no hubo diálogo con el ayuntamiento. El tribunal nos dio la razón de forma contundente, afirmando que los bienes comunales son para el disfrute de las vecinas y no pueden cederse a terceros a cambio de dinero. Pero acto seguido, el ayuntamiento de Paredes, lo llevó al Tribunal Supremo, que ante los grandes intereses y presiones existentes le dio la vuelta a la sentencia. ¡Desde entonces, en cualquier municipio del Estado español, el ayuntamiento puede acotar un bien comunal para instalar placas solares! Mucha gente del pueblo incluso lo veía bien.

El desapego actual hacia la tierra y los bienes comunales es considerable. En un foro sobre esta sentencia, se mencionó que los arrendamientos que hacen las grandes empresas sobre estas tierras comunales son por 35 o 50 años, lo que se considera «el tiempo de la memoria». Es decir, en 50 años, las personas que lucharon por estos bienes podrían no estar presentes o no tener la capacidad mental para defenderlos, y eso haría que las generaciones futuras no conocieran la lucha ni sintieran apego por esos bienes comunales.

¿El uso de la tecnología, como los grupos de WhatsApp, ha transformado las formas de relacionarse en el medio rural? ¿Se generan conflictos o se resuelven a través de esta herramienta?

Miguel: La tecnología ha influido en los pueblos tanto para bien como para mal. Un ejemplo positivo es que las tecnologías, como los grupos de WhatsApp o las reuniones por Zoom permiten comunicarse y organizar eventos que de otra modo no serían posibles.

Tenemos ejemplos de todo tipo. Para mí fue positivo tener un grupo de WhatsApp para coordinar las movilizaciones contra la planta de biogás. Pero, por otro lado, también da lugar a muchos

malentendidos, como ocurrió durante las pasadas movilizaciones del sector primario. Empezó a sumarse mucha gente que no era del pueblo y patriotas de Vox que comenzaron a compartir su publicidad fascista, lo que generó conflicto y supuso mi salida del grupo. En otros grupos la tensión llegó con las diferencias políticas respecto al conflicto de Palestina.

Laia: Yo participo en pocos grupos. El de mi pueblo es útil para organizar cenas o partidas de cartas, y facilita que la gente se reúna, especialmente en invierno. No ha sustituido el contacto personal, sino que lo ha favorecido al permitir coordinar encuentros. En los grupos grandes de la comarca que se crearon con las movilizaciones y tractoradas funcionó bien, pero siempre hubo alguna salida de tono. Cuando esto sucedía, se daban toques de atención y se entendía.

Para mí no es un gran medio de conversación ni de resolución de conflictos ni de debate. Los espacios de encuentro para debatir y resolver conflictos son los físicos.

Mejorar la resolución de conflictos se hace imprescindible en este momento en el que impera la cultura de la guerra. ¿Cuál creéis que es la mejor herramienta para caminar hacia la cultura de paz?

Laia: Para mí es importante generar relatos para que las niñas y los niños tengan cultura campesina. Cuando pasas tiempo con la gente y dejas que hablen, aprendes mucho.

Por eso creo que necesitamos ir a las escuelas y llegar a lo más profundo, porque necesitamos personas que crean en esto para realmente tejer redes y construir una cultura de paz.

Miguel: Veo claro que hay que ir a los colegios para que sepan que hay otras opciones, mostrando acciones concretas, y educar a niñas, niños y jóvenes en la cultura de paz dentro del contexto de la agricultura ecológica. Debemos transmitir que hay alternativas viables y otras formas de vida.

Poca gente sabe que en España está prohibido el intercambio de semillas, por ejemplo. Cuando he tenido la oportunidad de hablar con ellos, he visto que hay mucho desconocimiento. Por eso creo que es fundamental que tengan referentes y que sepan que hay opciones más allá de las que ven en sus familias.

Revista SABC



EN PIE DE ESPIGA

Milena Silvester Quadros

AGROECOLOGÍA Y SABERES POPULARES

A través de la investigación-acción y la educación popular en proyectos de agroecología con mujeres en Porto Alegre (Brasil) planteamos la necesidad de recuperar los saberes ancestrales. Los huertos comunitarios se presentan como espacios de resistencia que no solo fomentan la soberanía alimentaria, sino que también promueven el buen vivir, la cooperación y el cuidado de la diversidad, ofreciendo un camino para reconectar con la naturaleza y las comunidades.

¿Y si la precariedad fuera la condición de nuestro tiempo?

Esta es la pregunta que lanza Anna Tsing en su libro *La seta del fin del mundo* (Capitán Swing, 2015), sobre la posibilidad de vida en las ruinas del capitalismo. En un mundo atravesado por desastres ambientales, políticos, sociales y culturales, donde la crisis parece haberse vuelto norma, esa interrogante resuena con más fuerza que nunca. No olvidemos que el Antropoceno –un término que deberíamos reemplazar por Capitaloceno– se define por la huella humana guiada por los designios del capitalismo: una era que arrasa con espacios y tiempos que fueron cuna de seres y culturas. Hablamos de la devastación de ecosistemas que alguna vez sostuvieron la vida y que, frente al avance implacable de lo extremo, podrían ser aún territorio de renacimiento.

La palabra crisis se ha difundido en la actualidad ante acontecimientos irrefutables que exponen la fragilidad de la existencia frente a un modelo de sociedad incoherente con el cuidado de la vida. Sin embargo, aunque el término se haya difundido hoy, lo que entendemos por crisis es algo que, desde hace siglos, han vivido

y experimentado las poblaciones excluidas del proyecto de progreso de las sociedades occidentales, que tuvieron que desarrollar estrategias agudas para sobrevivir en entornos hostiles a su presencia. En un escenario de precariedad, debemos mirar a nuestro alrededor y reconocer los innumerables proyectos destinados a reconfigurar mundos, es decir, las prácticas espontáneas que emergen de la destrucción causada por un modelo social incoherente con la perpetuación de la vida.

Todas nosotras, comprometidas en transformar el mundo en que vivimos, coincidimos en que debemos cambiar de rumbo. Sin embargo, ¿qué estamos haciendo para construir lazos con las comunidades, sus culturas y saberes, que nos permitan transitar los mismos caminos que ellas han recorrido a lo largo del tiempo? ¿Cómo podemos utilizar las herramientas que tenemos para defender la justicia social y ambiental, en beneficio de los pueblos minoritarios que enfrentan la crisis con la fuerza de sus saberes ancestrales?

Partiendo de estos interrogantes, hacemos una reflexión sobre las prácticas agroecológicas en el sur de Brasil. Estas se promueven en contextos comunitarios a través de proyectos desarrollados en el seno del Instituto Federal de Educação,

La agroecología, reconstruye lazos esenciales, entrelazando la cooperación entre humanos y no humanos en redes multiespecie cargadas de sentido y potencia.

Ciência e Tecnologia do Rio Grande do Sul, en colaboración con mujeres de comunidades rurales y periféricas de la región metropolitana de Porto Alegre, capital del estado. Los Institutos Federais conforman una red nacional de enseñanza, investigación y extensión que abarca distintos niveles educativos –educación secundaria, formación técnica, grado y posgrado– con más de 700 campus distribuidos a lo largo del territorio brasileño.

Los Institutos Federais han democratizado el acceso a la educación y a la investigación. Además, fueron concebidos con el objetivo de comprometerse activamente en la búsqueda de soluciones a los problemas concretos de los territorios y comunidades donde están insertados. Al establecer nuevas articulaciones entre el aprendizaje, la producción de conocimiento y su función social, los Institutos Federais contribuyen al abordaje de las múltiples desigualdades que sufre la sociedad brasileña.

Es válido afirmar que esta red institucional de enseñanza fue concebida para responder a un mercado laboral necesitado de mano de obra y que, en ese sentido, satisface las demandas del mercado y del capitalismo brasileño en general. No obstante, también es cierto que, al democratizar y ampliar la participación de diversos grupos en una importante institución pública dedicada a la enseñanza, la investigación y la extensión, se abren múltiples líneas de fuga por las cuales otras

epistemologías ganan espacio y fuerza en un contexto que exige con urgencia un cambio de rumbo.

La agroecología, tal como se practica en los Institutos Federais, viene tejiendo caminos que se oponen a un modelo de sociedad que ha erigido al individuo por encima del colectivo, al lucro sobre el buen vivir y a la razón desvinculada de otras formas de ser y sentir lo humano. Desde esta perspectiva, comprendemos que las prácticas agroecológicas en nuestro campo de acción han contribuido a fortalecer las voces y las potencias de grupos históricamente marginados y silenciados. A través de la agroecología, vamos reconstruyendo lazos esenciales, entrelazando la cooperación entre humanos y no humanos en redes multiespecie cargadas de sentido y potencia.

El territorio, la agroecología y la potencia

Los campus de los Institutos Federais en la región metropolitana de Porto Alegre, donde actuamos como educadoras y educadores en la educación básica y superior, se encuentran en barrios periféricos urbanos de la capital. Estos territorios son fruto de procesos históricos de despojo y desplazamiento de poblaciones sistemáticamente marginalizadas por el proyecto moderno-colonial de nación. Se trata, en su mayoría, de comunidades racializadas, cuyas trayectorias están profundamente marcadas por la herencia del colonialismo y la esclavitud, y cuyos saberes y existencias siguen resistiendo desde los márgenes. Con índices elevados de pobreza y violencia originados por causas difusas, la existencia de estos centros de enseñanza en estas localidades ha creado recientemente oportunidades de transformación económica y social para muchas familias residentes allí. Además, abre el camino para un diálogo poderoso de saberes con las comunidades de estos territorios.

Sin embargo, en los territorios donde trabajamos, la visión hegemónica y colonial concibe la pobreza como una «ausencia de desarrollo» y una «pura carencia». Esta perspectiva, según Marconatto y Machado¹ (2021), excede la pobreza, bien al demonizar al pobre como «peligroso» y «abyecto», bien al construirlo como un «cuerpo dócil» que se somete pasivamente a la caridad.

1. Marconatto Marques, Pamela y Machado, Dayana. (2021). Pobreza e desenvolvimento: imaginários coloniais e insurgências teóricas desde o Sul. *Desenvolvimento em Debate*, 9, 15-35.

Clases del curso de Formación de liderazgos para la cooperación en huertas agroecológicas.
Foto: Milena Silvester



Las prácticas agroecológicas en territorios socialmente vulnerabilizados no solo confrontan la lógica capitalista occidental, sino que también fortalecen cosmovisiones históricamente comprometidas con el «buen vivir». Los pueblos originarios de América y los de origen africano, a través de sus formas de habitar y reproducir la vida en armonía con sus ecosistemas, ofrecen referentes poderosos y vitales para confrontar el modelo de sociedad que nos ha sido impuesto.

Lo que queremos decir con esto es que, al impulsar proyectos de agroecología en territorios de vulnerabilidad social, movilizamos y fortalecemos conjuntos de conocimientos –saberes populares, saberes tradicionales, saberes empíricos, entre otras formas de nombrarlos– fuertemente anclados en cosmovisiones que hasta ahora han sido despreciados. La agroecología los recupera y, al hacerlo, deja al descubierto la irracionalidad de los sistemas modernos de producción de la vida. Veamos cómo nos articulamos para caminar juntas y fortalecer las agencias de estos colectivos que señalan referentes fundamentales para imaginar otras correlaciones posibles.

Experiencias de investigación-acción desde el sur

Las prácticas agroecológicas impulsan una reflexión científica colaborativa. A diferencia del modelo tradicional, jerárquico, donde un

investigador con autoridad –históricamente un hombre, blanco y proveniente de una clase social acomodada– estudiaba objetos pasivos, este nuevo enfoque propone hacer ciencia con las personas, la naturaleza y las cosas.

Descentrar la mirada dominante para investigar con las comunidades, en lugar de sobre ellas, es un gesto ético y político. Este enfoque, basado en el diálogo y la participación, busca descolonizar el conocimiento y reconocer la fuerza de los saberes locales y colectivos, rompiendo con las jerarquías modernas. Se trata de un camino de escucha, reciprocidad y convivencia.

Uno de los trabajos que se están desarrollando en barrios de la periferia de Porto Alegre son los cursos de formación de liderazgos para la cooperación en huertas agroecológicas. Esta iniciativa surgió a partir de proyectos de huertas comunitarias llevados a cabo con mujeres que, durante la experiencia, señalaron cómo el sentido colectivo de pertenencia y participación –que fue la base para la formación de las comunidades donde viven– se ha ido perdiendo entre las generaciones más jóvenes.

Las huertas comunitarias se han convertido en espacios pedagógicos donde se observan y recuperan otras formas de pensar y vivir en sociedad. Como ejemplo, la conciencia de que unos dependemos de otros. Esta es una sabiduría que las personas que viven en territorios vulnerables



poseen con mucha claridad y sensatez. Una sabiduría que la ciencia solo muy recientemente ha descubierto.

Un ejemplo en el campo de los estudios de ecología son las aportaciones de la bióloga Lynn Margulis, que en su libro *Planeta simbiótico* cuestionó la teoría de la evolución, basada en los supuestos de la competencia y en la ley de la supervivencia del más fuerte. Para la autora, cada planta y cada animal en la Tierra es el resultado de la simbiosis, no de la competencia. Las consecuencias de este cambio de paradigma son profundas: la transformación ocurre a través de colaboraciones, tanto dentro de nuestra propia especie como entre especies distintas. Esto es exactamente lo que nos dicen las habitantes de barrios vulnerables a través de sus prácticas.

Al igual que Anna Tsing, entendemos que la precariedad de los tiempos que vivimos nos ayuda a ver lo que falla, ya que hace visible nuestra vulnerabilidad. Para sobrevivir en un mundo precario, la ayuda de los demás seres es indispensable, sea intencional o no. Como nos recuerda la autora, solo un privilegio inconsciente permite la fantasía de que podemos sobrevivir solas, una de las grandes construcciones ideológicas de Occidente desde la Ilustración.

La agroecología nos permite recuperar esa manera de entender las relaciones. Partiendo de la idea de que somos seres compuestos y no individuales, nos vinculamos con las mujeres y sus saberes a través de acciones en agroecología, para impulsar conexiones multiespecie fundamentales para el equilibrio de los distintos ecosistemas y sociedades.

Si la agricultura convencional o comercial tiene como objetivo aislar un solo cultivo y obtener una cosecha uniforme, la agricultura agroecológica se caracteriza por sus ritmos múltiples. Es posible cultivar distintas plantas en un mismo espacio, cada una con tiempos de crecimiento completamente diferentes. Se cultivan bananas, hortalizas variadas, tubérculos, frutales, y en esos cultivos están involucradas personas, plantas, tierra, fauna silvestre y del suelo, polinizadores, agua, viento, espíritus y seres celestes.

Lo que nos enseñan las poblaciones con las cuales nos agregamos es que los mundos son siempre más que humanos, aunque la modernidad haya sostenido lo contrario. A esto, muchos autores lo llaman *assemblages* (ensamblajes). Los ensamblajes son la reunión de ritmos distintos como resultado de múltiples proyectos de creación de mundos, tanto humanos como no humanos.

De este modo, rompemos con la idea clásica de seres individuales, homogéneos y estables. Ampliar la mirada hacia estos conjuntos de relaciones –es decir, los *assemblages* que emergen de las prácticas– nos impulsa a reconocer la fuerza transformadora de la cooperación en los territorios.

Al optar por esta línea de acción, nos comprometemos con la tarea de recuperar referentes importantes que fueron dejados atrás por ser considerados «retrasados». En ellos, retomamos el diálogo con los pueblos (indígenas, quilombolas, campesinos y campesinas, periféricos), recuperando así una potencia para pensar, actuar y cooperar. Como señala Isabelle Stengers en su libro *En tiempos de catástrofes*, el capitalismo funciona destruyendo toda conexión, incluso nuestra conexión con el pasado, y desconfiando de toda inteligencia colectiva, al percibirla como peligrosa.

¡Sumémonos para fortalecer las múltiples inteligencias colectivas en conexión! ●

Milena Silvester Quadros

Doctora en Sociología, actúa en proyectos de extensión en agroecología en el sur de Brasil.



En la pequeña aldea de As Conchas, el vecindario ha ganado un caso judicial histórico contra la Xunta de Galicia y la Confederación Hidrográfica del Miño-Sil, que han vulnerado los derechos humanos de los residentes al no gestionar la contaminación generada por cientos de explotaciones porcinas y avícolas en la comarca de A Limia.

As Conchas es una aldea del concello de Lobeira, en Ourense, situada al borde del embalse del mismo nombre. A mediados de octubre, cuando el verano empieza a dar paso tardíamente al otoño, nos vemos con Pablo Álvarez Veloso y Merche Álvarez de León. Son dos de las nueve personas que, junto a la Asociación de Vecinos de As Conchas y la Federación de Consumidores y Usuarios CECU, pusieron en marcha este proceso judicial que se ha convertido en la primera sentencia favorable a nivel europeo en un caso similar. Ha contado con el apoyo de las organizaciones ecologistas Amigas de la Tierra y ClientEarth, y puede ayudar a que otras muchas comunidades afectadas por los estragos de la ganadería industrial y la inacción de las administraciones públicas exijan judicialmente sus derechos y los de los territorios en los que viven.

El embalse, un punto de encuentro

Pablo es el presidente de la Asociación de vecinos de As Conchas. Sus padres aprendieron a nadar en el río Limia, antes de que FENOSA (ahora Naturgy) construyera el embalse en plena dictadura. «Me he criado aquí, he disfrutado del embalse desde que era muy pequeño y es algo que siempre hemos disfrutado todos, porque sus aguas eran cristalinas, hasta se podían beber», nos cuenta. Destaca que la contaminación actual no solo afecta al medio ambiente, sino que ha acabado con la actividad económica de la zona. «Había una tienda en Lobios, aguas abajo, que vendía botes de bichos de pesca. Porque aquí antes venía mucha gente a pescar, familias, con su tortilla, su almuerzo...», recuerda Pablo. Y es que el río es el nexo de unión de los cinco municipios que forman la comarca de Baixa Limia.

Los padres de Merche eran ganaderos y ella recuerda que, cuando era pequeña, las vacas pastaban a la orilla del embalse. Su pueblo está solo a 200 metros de la orilla. «Desde que tenemos uso de razón, nuestra vinculación con el embalse es total y absoluta». Sus suegros regentaron una tienda-bar al lado del embalse durante más de 40 años. «Eran como 12 o 15 mesas y siempre estaba a tope; venía gente de toda la zona, era un punto de reunión que la gente recuerda con cariño». Cuando se jubilaron, no pudieron traspasarlo porque las aguas ya estaban muy contaminadas y prácticamente no acudía gente, lo que tornaba inviable su continuidad.

Algas, olores y la vida paralizada

Fue a partir del año 2003 cuando empezaron a notar que las aguas del embalse no estaban igual. Comenzaron a aflorar algas, el color se volvió más turbio y, poco a poco, el olor se tornó desagradable. En ese momento dejaron de poder bañarse y de hacer uso de sus aguas como hasta entonces. Merche recuerda apenada que su hija menor, que tiene ahora 26 años, ya no pudo disfrutar del embalse.

En 2011 se dio la primera floración de cianobacterias, indicador visible de la proliferación de estos microorganismos. Esto marcó un punto de no retorno y decidieron empezar a movilizarse, a solicitar información y explicaciones a los ayuntamientos, a la Xunta de Galicia y la Confederación Hidrográfica del Miño-Sil, sin obtener respuesta.

La vida se paralizó alrededor del embalse y Merche cuenta que, en los episodios de máxima contaminación, es impensable abrir las ventanas. «La gente que viene de fuera en pleno verano te dice: «Qué olor tenéis aquí, ¿cómo podéis vivir?» Y te sientes impotente, avergonzada. Por suerte, ahora, la repercusión mediática es bastante

grande y ya casi todo el mundo sabe de qué va». Pero claro, este olor va acompañado del miedo a no saber qué consecuencias tendrá para tu salud y la de tu familia.

Cría intensiva de ganado porcino y aviar

A lo largo de todos estos años, diferentes investigaciones han señalado que la contaminación del embalse procede de la cría intensiva de ganado porcino y aviar en la vecina comarca de A Limia, donde nace el río. Allí operan cientos de explotaciones ganaderas industriales autorizadas por la Xunta, pese a que la legislación estatal y europea obliga a las administraciones a garantizar la protección de la salud y el bienestar de la ciudadanía. Las aguas del río Limia, que atraviesa las dos comarcas y vierte directamente en el embalse antes de continuar hacia Portugal, están contaminadas. En la actualidad, A Limia soporta 120.000 unidades de ganado mayor (UGM), una carga inasumible para el territorio. El volumen de sus deyecciones equivale al de una población de entre 1,5 y 2 millones de personas, cuando en la zona viven apenas 25.000.

La contaminación por nitratos y bacterias del río, el embalse y los acuíferos de la zona ha desencadenado problemas de salud sin explicación. Esta situación ha puesto en jaque la economía local y la vida en los municipios de Baixa Limia se ha vuelto totalmente inviable. A pesar de las pruebas científicas sobre la contaminación del embalse, las autoridades han seguido ignorando el problema. La actitud de los alcaldes es la que más indigna a Pablo y a Merche: «Nuestros alcaldes han nacido aquí y han disfrutado del embalse. Eso produce mucha impotencia y enfado. Ya no es que no hagan nada por el río, sino que incluso nos han atacado por estar defendiéndolo. Ahora, desde que salió la sentencia, alguno dice que lleva 40 años denunciando la situación...».

Vulneración de derechos humanos

En 2025 se ha llevado el caso al Tribunal Superior de Xustiza. Tal y como reflejaron los informes periciales, tanto en la cuenca del río Limia como en el embalse se dan altos niveles de contaminación por nitratos –sustancias relacionadas con distintos tipos de cáncer– que llegan a superar hasta mil veces lo permitido. A su vez, en As Conchas, la cantidad de cianobacterias es extremadamente peligrosa. También se han

Nuestros alcaldes han nacido aquí y han disfrutado del embalse. Eso produce mucha impotencia y enfado.

Una transformación ganadera con múltiples impactos

La industrialización agraria en Galiza destruyó violentamente el sistema agrario tradicional y sus característicos paisajes en mosaico, que demostraron durante siglos la capacidad de las comunidades campesinas para cuidar la tierra. La integración agroganadera que cierra los ciclos de nutrientes no es funcional al proceso de acumulación capitalista, que prefiere tener a miles de animales hacinados en las denominadas «explotaciones sin tierra». Al desaparecer la ganadería extensiva y el pastoreo, los montes comunales en los que se obtenía el alimento y la cama para el ganado quedaron abandonados y sin uso, formando masas continuas de vegetación que cada año arden más descontroladamente, arrasando aldeas y ecosistemas enteros.

Mientras tanto, el ingente volumen de residuos industriales de las macrogranjas satura y envenena el territorio. Pero también atrae a numerosas empresas que desean hacer negocios gracias a las subvenciones que promueven la instalación de plantas de biogás con la excusa de tratar los purines. Sin embargo, estas nuevas tecnologías, además de causar nuevos y graves impactos socioambientales, ni siquiera eliminan los nitratos y los fosfatos que llevan tantas décadas causando un daño irreparable.

Las vecinas y los vecinos que aún habitan y aman las comarcas de A Limia y Baixa Limia seguirán organizándose para defender su derecho al agua y a la vida.

El impacto mediático que ha tenido la resolución judicial ha convertido el caso de As Conchas en un ejemplo inspirador de lucha vecinal.

encontrado cantidades importantes de bacterias fecales, algunas resistentes a antibióticos. En todos los casos, los expertos confirman que la contaminación se debe a la proliferación de macroexplotaciones ganaderas industriales que no cuentan con suficiente base territorial para absorber los purines que generan.

La sentencia confirma que la Xunta de Galicia y la Confederación Hidrográfica del Miño-Sil han vulnerado los derechos humanos de los residentes, tanto según la Constitución Española como según la legislación europea, al no gestionar esta contaminación. Ambas administraciones han sido obligadas a adoptar de forma inmediata las medidas necesarias para corregir la situación y así restaurar el pleno disfrute del derecho a la vida de su ciudadanía. Sin embargo, el recorrido legal no ha terminado, ya que estas administraciones presentaron un recurso ante el Tribunal Supremo,

que aún debe pronunciarse al respecto. Hasta que haya una sentencia firme, es muy probable que las administraciones no implementen ninguna de las medidas que el juzgado les ha impuesto.

Revertir el daño causado

Pablo y Merche confiesan que el procedimiento judicial ha sido fundamental también a nivel social, ya que la gente ha despertado y ahora nadie se atreve a negar el problema, ni siquiera en las tertulias de los bares. Durante años, junto a otras vecinas, han tenido que soportar la negación política, la manipulación mediática e incluso las amenazas directas. Gracias al impacto del juicio, se ha reactivado la plataforma vecinal Agua Limpia Xa, creada en 2011.

Además, el impacto mediático que ha tenido la resolución judicial, no solo a nivel estatal sino también europeo, ha convertido el caso de As Conchas en un ejemplo inspirador de lucha vecinal contra la proliferación de la ganadería industrial. La comunidad de As Conchas se siente orgullosa de la lucha y tiene confianza en que la justicia les dé la razón. Ahora se sienten mucho más unidos para conseguir que en los próximos años se pueda revertir el daño causado y regular la actividad ganadera de un modo más respetuoso con el medioambiente.

Andrés Muñoz Rico
Amigas de la Tierra

Este artículo ha sido financiado por el Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico pero no expresa la opinión del mismo.

Lorena Escandell Carbonell

Las angulas que bailan

LA MEMORIA QUE INSPIRA FUTUROS

¿Podemos recuperar la soberanía alimentaria y ganar bienestar común sin la memoria de los demás? Abandonar el sistema alimentario actual, por insostenible, injusto y violento, requiere necesariamente recordar el pasado, no como un ejercicio de nostalgia, sino como una forma de resistencia que inspire el futuro. Por eso, en un contexto de crisis, sentarse y escuchar a las ancianas parece esencial para sobrevivir.

«Los hombres de la isla siguen pescando, pero las mujeres y los niños ya no bajan a la orilla, ya no recolectan, y es una verdadera lástima, me da mucha tristeza, porque lo de ahí abajo es muy nutritivo, las algas y los moluscos tienen muchos beneficios para ahuyentar enfermedades en la isla. Pero a mí nadie me hace caso. A una anciana como yo. Parloteando». Bean Uí Fhloinn, de 89 años y nacida en una isla remota de Irlanda, es la protagonista de *La colonia*, la novela de Audrey Magee sobre el colonialismo que menosprecia –y extermina– las voces y los saberes nativos. Pese a ser una ficción, su historia enlaza estrechamente con la de Maruja Boix Amorós, de 93 años, vecina de la Marina, en el Baix Vinalopó. Es hija de Diego el Angulero, un pescador sin barca de las comarcas del sur del País Valencià, conocido por recoger alimentos de la playa y pescar angulas en el río Segura: recursos y formas de vida ancestrales hoy prácticamente extinguidos.

Economía e identidad

Las angulas son anguilas jóvenes que, tras un viaje de entre uno y tres años por las corrientes marinas (desde el mar de los Sargazos, en el Atlántico) y miles de kilómetros recorridos, llegan a los estuarios y las lagunas costeras europeas y africanas, donde permanecen semanas o meses antes de adentrarse en los ríos en busca de alimento y refugio durante décadas; hasta que

finalmente regresan a su lugar de origen para reproducirse y morir.

Translúcidas y alargadas, resultan gastronómicamente exquisitas para pueblos como el vasco y el valenciano, con el tradicional *all i pebre*. Su pesca ha sido, siglo tras siglo, una práctica económica e identitaria, tal como explica el periodista Patrik Svensson en *El evangelio de las anguilas*, que ha supuesto para las comunidades, además de ingresos, una transferencia de saberes y un legado cultural antiguo y valioso; aunque invisibilizado en el relato, según la pescadora e *influencer* Àgueda Vitòria, por el hecho de practicarse en la franja costera y no mar adentro.

Especie común en los sistemas de regadío de los ríos Segura y Vinalopó desde la Edad Media, hoy la angula se encuentra en peligro crítico de extinción a escala mundial. La sobrepesca, la contaminación, la construcción de presas o el cambio climático constituyen algunas de las causas del declive de su población, por lo que, con el fin de protegerla, se ha limitado su pesca. Según el Proyecto GePesAng, en el País Valencià y en Murcia las capturas anuales rondaban las cien toneladas hasta mediados del siglo XX. La popularidad de este pez en las comarcas del Baix Vinalopó y el Baix Segura (y, por tanto, la calidad ambiental del entorno) puede confirmarse también en la tradición oral. La expresión «había anguilas como brazos», hoy prácticamente en desuso, es un ejemplo. El relato de Maruja empieza aquí.



Maruja con la foto de Diego el Angulero.
Foto: Isa Valentín Boix

El relato de las angulas nos alerta igualmente de los límites: la sobreexplotación de los recursos naturales implica su desequilibrio.

Luna nueva o luna llena

En los años de la primera posguerra, en la orilla norte de la desembocadura del río Segura, entre la Marina y Guardamar, a la finca del Ventorrillo, del tío Gasparo, acudían por la mañana carros de toda la comarca para abastecerse de agua «de un pozo, bastante afamado, del acuífero dunar», añade el ecólogo Carlos Martín Cantarino. De noche, en invierno, llegaba Diego el Angulero. Recorría unos siete kilómetros, a pie o en bicicleta, para garantizarse el alimento en tiempos de hambre y economías de subsistencia, con los recursos del territorio y las artes de pesca artesanal heredadas.

Así, preparaba e instalaba, en una acequia, a contracorriente, los salabres y otras trampas de elaboración casera. Llenaba los calderos durante horas, cuando las angulas, a montones, emergían a la superficie para cazar. Las noches de marea alta, de luna llena o luna nueva, eran las óptimas, en un ritual afinado por la experiencia, aunque no exento de dificultades: por un lado, por la resistencia de los animales (como recoge el dicho popular «escurrirse como una anguila») y, por otro, por las condiciones del trabajo, que lo obligaban a estar en contacto con el agua constantemente y a bajas temperaturas. «Es un trabajo incómodo y se pasa mucho frío; a veces el esfuerzo no compensa», explicó Diego el Angulero al diario *Información* en 1956. Entonces recogían unos 25 kilos al día, según la noticia.

Una vez capturadas, remojaba las angulas con un preparado de agua dulce y polvo de tabaco. «Con la infusión tibia, se añadían las angulas, y bailaban», recuerda Maruja. Así, regurgitaban las mucosidades y se desprendían de la baba que las envolvía. Después las limpiaba con el agua de riego y las hervía en una caldera grande con sal. Más tarde, las escurría, las extendía, las secaba y finalmente las envasaba en cajas de madera de dos kilos para distribuirlas, ya por la mañana, en bicicleta, entre las familias de la zona y los restaurantes de Alicante. También las enviaba a los mercados de Madrid, en tren.

La familia del Angulero participó siempre en el proceso, especialmente cuando trasladaron la elaboración a casa, porque «él solo no daba abasto», cuenta la hija. Entonces, María, la madre, Maruja y sus dos hermanos, Juanito y Gaspar, así como sus parejas después, contribuyeron a la actividad; una muestra de lo que Leticia Urretabizaia y Mirene Begiristain señalan en *Pikara Magazine* sobre la lógica económica: «No incluye el trabajo colectivo, gratuito y falto de derechos llevado a cabo por familias extensas que desde las vidas urbanizadas nos cuesta recordar. Además, los trabajos invisibles materializados por las mujeres no son solo reproductivos, sino también productivos». De hecho, el artículo del diario *Información* centra la atención en la figura de Diego, a quien cita como «lobo de mar», y en ningún caso menciona la cooperación necesaria de la familia.



El Parque Natural del Fondo d'Elx-Crevillent, refugio de anguilas en el sur del País Valencià.
Foto: Lorena Escandell Carbonell

La emoción impregna el final del relato de Maruja. La pesca de la angula fue libre durante años; pero, al aumentar el número de pescadores, se delimitaron las zonas y se establecieron turnos, regulados por la Cofradía de Pescadores de Guardamar. Aun así, la sobreexplotación redujo la población y forzó su abandono entre las décadas de 1970 y 1980. El pescador de El Fondo d'Elx-Crevillent, José Pérez Terol, antiguo gestor de una piscifactoría de anguila en Santa Pola, cuenta que desde entonces apenas quedan ejemplares (debido, además, al furtivismo) y que la pesca tradicional está extinguida, lo cual lamenta, pues la anguila ha sido un elemento familiar y comunitario valioso.

Un sistema finito, un conocimiento ancestral

Desde el enfoque ecofeminista, la historia de Maruja evidencia que las culturas y los territorios son ecodpendientes: necesitan el entorno natural para sobrevivir. También, que disponen de alimentos de proximidad adecuados y seguros, así como de sistemas de producción propios y colectivos para abastecerse.

«Nos recuerda que fuimos soberanas, alimentariamente hablando, no hace mucho tiempo y por qué dejamos de serlo; nos enseña cómo alimentarnos y hasta dónde podemos consumir de este sistema finito», observa la socióloga y técnica de CERAI Sarai Fariñas Ausina. En este sentido, el relato de las angulas nos alerta igualmente de los límites: la sobreexplotación de los recursos naturales implica su desequilibrio, reduce la capacidad de autogestión y fuerza la exclusividad en el acceso.

«La angula fue un alimento popular, barato y abundante. La gente salía de casa, cogía un puñado del río y se lo comía. Ahora, precisamente porque ya no hay, es un producto de lujo», señala el investigador del EBD-CSIC Miguel Clavero en *Climática*. De hecho, según el experto, el consumo actual en el Estado español proviene de Francia, además de capturas legales, en menor cantidad, del río Miño, el Cantábrico, el río Ebro y la Albufera de Valencia, así como de las pesquerías de Asturias, Galicia y el País Vasco.

«El futuro de la alimentación depende de que recordemos que la red de la vida es una red trófica, porque olvidar la ecología de la comida es la receta del hambre y la extinción», escribe la filósofa y activista Vandana Shiva en el ensayo *¿Quién alimenta realmente al mundo?* Así, la voz de la hija del Angulero muestra, por un lado, que recordar es crucial para los pueblos que quieren proteger sus riquezas naturales y proponer una producción alimentaria sostenible; y, por otro, que las comunidades son también interdependientes: necesitan a los demás para existir. La transferencia de conocimiento, en este sentido, es una expresión de afecto comunitario para aprender y crear posibilidades de futuro. El problema, señala la autora, es la pérdida del conocimiento ancestral, especialmente el de las mujeres.

Los relatos de las ancianas

«Las abuelas muestran cómo desenterrar raíces y abrir semillas». La afirmación de la ingeniera agrónoma y escritora Maria Josep Payà i Valdés alude a formas de vida y de hacer que, si no se



Taller d'Agüeles en la Marina, Elx.
Foto: Lorena Escandell Carbonell

recuperan, desaparecerán a medida que la gente mayor, y más sabia, enferme y fallezca. «Si no protegemos esa sabiduría, habrá una brecha profunda entre generaciones y perderemos el conocimiento acumulado de siglos de historia, basado en la práctica y la experiencia junto a la naturaleza y en los hogares», advierte Natàlia Castellanos Ayala, experta en bioconstrucción de Arrelaires.

Parece una tarea urgente, aunque no nueva ni extraña. «La memoria ha permitido a los seres humanos, a partir de la experiencia previa, crear colectivamente entornos más seguros y menos inciertos», explica la antropóloga Yayo Herrero en *Ctxt*. Sin embargo, la tecnología y el alejamiento de la naturaleza, entre otros factores, han provocado, según la experta, un gran borrado de información y conocimiento que ahora es necesario rescatar. «Recuperar los recuerdos que nos devuelvan la identidad de seres de la tierra es un acto de resistencia que abre paso a la imaginación», afirma. En otras palabras, no se trata de volver al pasado ni de romantizarlo, sino de aprovechar los aprendizajes y experiencias que han sido eficaces para la supervivencia y sumar todo lo nuevo que

sea posible imaginar; algo clave para crear futuros deseables frente al relato de la desesperanza.

«Las cicatrices y las arrugas son también depósitos de memoria que se graban en el cuerpo». Herrero señala el conocimiento que, afortunadamente, sobrevive en las personas mayores que se criaron en entornos rurales. Es el caso de Maruja. Afectada por alzhéimer, aún recuerda las angulas que bailan; una historia que cuenta, con la ayuda de unas notas y el apoyo de una foto de su padre, en el taller «Relats d'Agüeles», con el que damos a conocer y reconocemos las voces de las mujeres del Camp d'Elx. No obstante, su memoria es frágil. Ojalá este texto no llegue tarde y sirva para que su saber, inestimable, perdure. ●

Lorena Escandell Carbonell

Hija de Merce, nieta de Filo. Periodista social, ecofeminista y autora del proyecto «Relats d'Agüeles»

GRAIN

CRÓNICA DEL FORO GLOBAL NYÉLÉNI 2025

¡HACIA UNA TRANSFORMACIÓN SISTÉMICA AHORA Y SIEMPRE!

El Foro Global Nyéléni, uno de los encuentros de movimientos sociales más diversos e importantes del mundo, celebró su tercera edición en Kandy, una pequeña ciudad rodeada de montañas y ríos en el corazón de Sri Lanka, del 6 al 13 de septiembre de 2025. En un momento crucial marcado por una policrisis de calamidades geopolíticas, económicas, humanitarias y ambientales que contribuyen al aumento de las desigualdades, la degradación ambiental y la injusticia epistémica en todo el mundo, así como el auge del conservadurismo y los regímenes autoritarios, el Foro Nyéléni se propuso impulsar un cambio de paradigma global y, al mismo tiempo, avanzar en la construcción de un espacio común de resistencia y solidaridad que lo haga posible.

Los llamados foros de Nyéléni deben su nombre a la aldea Nyéléni en Mali (África), donde se celebraron los dos primeros, en 2007 y 2015, dedicados a la soberanía alimentaria y la agroecología, respectivamente. Según algunas versiones, Nyéléni también sería el nombre de una legendaria agricultora de la antigüedad de Mali, sumamente emprendedora y luchadora contra el patriarcado y la injusticia.

De la India a Sri Lanka

Inicialmente, Nyéléni 2025 se iba a celebrar en la India, en reconocimiento a las históricas y victoriosas luchas campesinas que tuvieron lugar en Delhi entre 2021 y 2022. Sin embargo, a principios de 2025, debido tanto al actual régimen de derechas en el país como a diversos problemas logísticos –como las dificultades para obtener autorizaciones gubernamentales para los visados de los participantes– el Foro se trasladó a Sri Lanka.

Sri Lanka ofrece un contexto atractivo, tras haber experimentado recientemente importantes

cambios sociales y políticos originados por las movilizaciones de 2022, conocidas como *Aragalaya* (“la lucha”), que lograron el derrocamiento de un gobierno dinástico corrupto. Estas movilizaciones supusieron la llegada al poder de una administración progresista encabezada por la coalición del Poder Popular Nacional (PNP), con el partido de izquierda Janatha Vimukthi Perumana (JVP) como fuerza principal. Esto marcó una ruptura con 76 años de hegemonía de las élites políticas tradicionales desde la independencia del dominio británico.

En los dos días previos a la inauguración oficial del foro se celebraron reuniones regionales para debatir y proponer ideas destinadas a nutrir un borrador de Agenda de Acción Política Común (AAPC), que se había propuesto tras varios meses de consultas regionales e internacionales. Con el mismo propósito, a continuación, se celebraron también tres asambleas: la Asamblea de Género, Diversidad Sexual y Aliados; la Asamblea de Jóvenes; y la Asamblea de Mujeres.

Setecientos activistas por la soberanía alimentaria

En esta edición del Foro de Nyéléni participaron más de 700 personas de alrededor de 100 países, en representación de movimientos sociales vinculados a la pequeña producción de alimentos, la pesca artesanal, el pastoreo, los pueblos indígenas, los grupos feministas, el activismo por la salud, el medio ambiente, la investigación y las artes, así como de trabajadoras y trabajadores de la cadena alimentaria, jornaleras y migrantes de zonas urbanas y rurales, grupos de consumo y personas del sector servicios y manufacturero. Más del 60 % de las personas asistentes fueron mujeres o personas de género diverso, y un tercio eran jóvenes.

Los principales movimientos representados fueron La Vía Campesina, el Movimiento por la Salud de los Pueblos, el Foro Mundial de Pueblos Pescadores, la Marcha Mundial de las Mujeres, el Consejo Internacional de Tratados Indios, la Federación Internacional de Movimientos de Adultos Rurales Católicos, la Red de Agricultores y Productores de África Occidental, el Foro Mundial de Pescadores y Trabajadores de la Pesca, entre otros.

El encuentro contó con interpretación simultánea en 18 idiomas, a cargo de unos 80 intérpretes, lo que demuestra un compromiso real con la justicia lingüística.

Una aportación importante de la asamblea de mujeres fue reafirmar la necesidad de alzar la voz y proclamar el reconocimiento de las mujeres como agricultoras, pescadoras, pastoras y trabajadoras en la lucha contra el capitalismo patriarcal. La asamblea también destacó otras cuestiones clave, tales como el acceso a la tierra y los derechos, la violencia, la deuda y cómo situar la vida y el cuidado en el centro de nuestro sistema. Hicieron un llamamiento: “¡Sin feminismo y solidaridad no hay transformación sistémica!”.

De igual manera, la Asamblea de Jóvenes planteó diversos puntos estratégicos, entre ellos la necesidad de garantizar medios de vida dignos para la juventud, crear entornos propicios que les permitan elegir libremente alternativas basadas en visiones compartidas de justicia, oportunidades de buen empleo y formación vocacional, acceso universal a la alimentación, la nutrición y la educación, apoyo al desarrollo de economías sociales solidarias y plataformas que faciliten su participación en la toma de decisiones políticas.

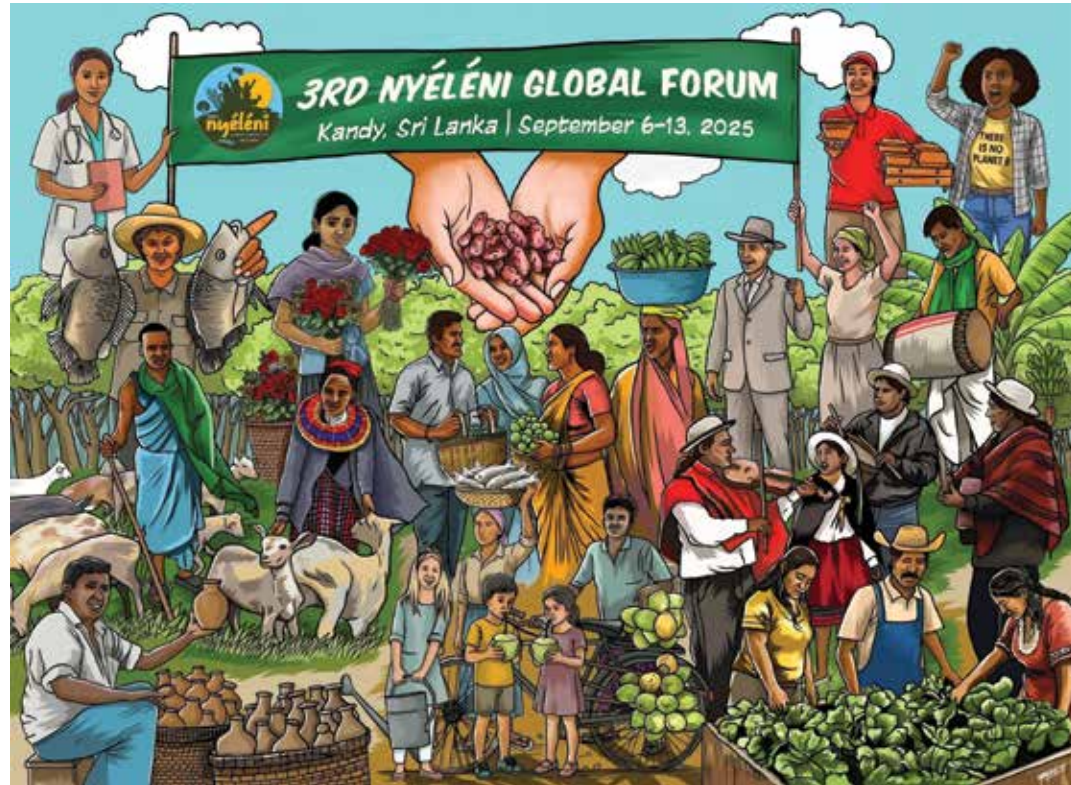
Los días del foro

El 8 de septiembre tuvo lugar la inauguración oficial, que comenzó con la puesta en escena de una mística mediante un espectáculo de marionetas que representaba la lucha contra los símbolos del sistema capitalista globalizado, como el Banco Mundial, el FMI o la OMC. A continuación, se pronunciaron los discursos políticos de los ministros locales y los mensajes de las líderes del movimiento de mujeres. La sesión terminó con el lanzamiento de una canción titulada *Nyéleni*, que incluye mensajes poderosos como «Unirnos y alzar nuestras voces, porque el mundo es nuestro» y que culminó con el grito

compartido del lema: «¡Transformación sistémica, ahora y para siempre!».

El 9 de septiembre se conmemoró la solidaridad con Palestina, con una marcha simbólica por la ciudad de Kandy, a la que asistieron únicamente activistas de Sri Lanka, después de que las autoridades locales impidieran la participación de las delegaciones internacionales. Dentro del Centro de Convenciones, todas las personas delegadas extranjeras protestaron y corearon consignas en decenas de idiomas en apoyo a las víctimas, izando banderas palestinas, denunciando la inacción de los gobiernos y el fracaso de la ONU, así como pronunciando discursos en solidaridad con el pueblo palestino y condenando el bárbaro genocidio sionista. Casi todos los movimientos y delegados presentes expresaron la misma verdad, cada cual con sus palabras: «Apoyar a Palestina es apoyar a todos los pueblos que resisten la opresión, declarar que la injusticia en cualquier lugar no quedará sin respuesta e insistir en que otro mundo, basado en la dignidad, la justicia y el cuidado, no solo es posible, sino que se construye aquí y ahora, juntos. Del río al mar, nos alzamos. No descansaremos hasta que cada muro caiga, cada frontera sea superada y cada territorio ocupado sea liberado. Palestina libre». La jornada de solidaridad con Palestina demostró que la soberanía alimentaria no es meramente una cuestión agrícola o política, sino parte de una lucha global y anticolonial.

El 10 de septiembre se presentaron algunas propuestas para futuras campañas. Una de ellas fue la propuesta de La Vía Campesina por un nuevo sistema de comercio basado en la soberanía alimentaria. Estas propuestas exigen que los estados suspendan de inmediato las negociaciones sobre las



Póster creado para el foro Nyéléni 2025

normas comerciales agrícolas de la OMC, así como los tratados de libre comercio. También rechazan otros espacios multisectoriales liderados por las grandes empresas e instan a los gobiernos a fortalecer las políticas públicas que apoyan los sistemas alimentarios campesinos. Entre las medidas prioritarias se incluyen la garantía de precios justos, la creación de mercados institucionales, el acceso a la tierra y la inversión en agroecología. Las organizaciones insistieron en que las voces de las poblaciones rurales sean centrales en cualquier debate sobre el futuro de la alimentación y el comercio.

Mucho más por hacer

Durante los días siguientes, las deliberaciones se centraron en el fortalecimiento y la actualización de la Agenda de Acción Política Común (AAPC), así como en el desarrollo de la declaración oficial del foro, que finalmente se leyó el 13 de septiembre en la sesión plenaria de clausura. La Declaración de Kandy¹ propuso como próximos pasos la organización de un día global de movilización contra el imperialismo, el genocidio, la guerra y el uso del hambre como arma, además de sesiones de diálogo con los movimientos laborales, entre otras acciones. Respecto a la APC, se consensuaron seis ejes destinados a impulsar

la transformación sistémica a la que se aspira: construcción de la democracia popular, la paz y la solidaridad internacionalista; economías populares, soberanía alimentaria y agroecología; protección de la tierra, los territorios y la reforma agraria; garantía del derecho a la salud para todos; y la consecución de la justicia climática y la soberanía energética. El lanzamiento oficial de la APC está previsto para la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP30), que se celebró en Brasil del 6 al 21 de noviembre de 2025.

Además de las reuniones y plenarios reflejadas en el programa, el ambiente del Foro Nyéléni estuvo impregnado de infinidad de conversaciones y debates en pequeños grupos. Se organizaron visitas de campo y una feria de alimentos y artesanías agroecológicas, en la que productores de alimentos, artesanos y artistas de Sri Lanka trajeron sus productos para la venta.

Radio Nyéléni difundió al mundo las novedades del foro, mediante entrevistas en directo y grabaciones de podcasts en multitud de idiomas, mientras que el colectivo muralista Fearless de Sri Lanka proyectó imágenes de su taller en el muro exterior del recinto invitando a todas a pintar. El actor y activista indio Prakash Raj cerró la jornada con «Songs of Resilience», dedicado a todos los pueblos que sufren bajo regímenes fascistas. ●

GRAM



PALABRA DE CAMPO

Astrid Henmark Aguirre

CUANDO LA TIERRA SANGRA

El verano de 2025 dejó una de las cicatrices más profundas que recuerda la península ibérica. En Castilla y León, Extremadura, Asturias y Galicia ardieron casi 380.000 hectáreas. Mientras las llamas devoraban montes, pueblos y hábitats enteros, volvía a quedar al descubierto lo que muchas voces repiten desde hace décadas: el abandono del territorio, la falta de gestión forestal, la precariedad de brigadistas y agentes medioambientales.

El día dormía, exhausta y agotada por los días anteriores. Durmió tantas horas que parecían días. Cuando se despertó, abrió los ojos y, aún tumbada, se sintió algo aliviada del cansancio, pero con los ojos todavía cargados y enrojecidos. Se incorporó, se sentó en la cama y apoyó primero el pie izquierdo y después el derecho. Sintió un latigazo y se acordó de la venda que llevaba puesta en el tobillo y que aún le ardía, aunque no tanto como la pena en el pecho. Notó el suelo de la baldosa frío, suave y liso. Quedó con la mente en blanco y se puso en pie. Se asomó por la ventana y vio un atardecer de tonos rosas, naranjas y rojos. Lo que antes era un regalo para la vista ahora le provocó un llanto desconsolado y un recuerdo doloroso.

«Cuando la risa se paraliza, ¿a dónde vamos y qué nos queda?»

Apartó la mirada y encendió la radio, era una noticia que hablaba sobre la flotilla que avanza hacia Palestina. Sonrió, pues en ese momento pensó que aún había gente que se organizaba para romper bloqueos, para abrir caminos de solidaridad y esperanza. «La red humana puede más que los muros», pensó.

Y, sin embargo, junto a la sonrisa, la rabia se le agolpaba en el pecho. El genocidio seguía avanzando, movido por intereses económicos y capitalistas. Sentía que la humanidad se había perdido para siempre.

Pensó en el humo, en la ceniza, en los paisajes arrasados. ¿Será igual allí? ¿Un cielo naranja sepia? ¿El aire convertido en apocalipsis?

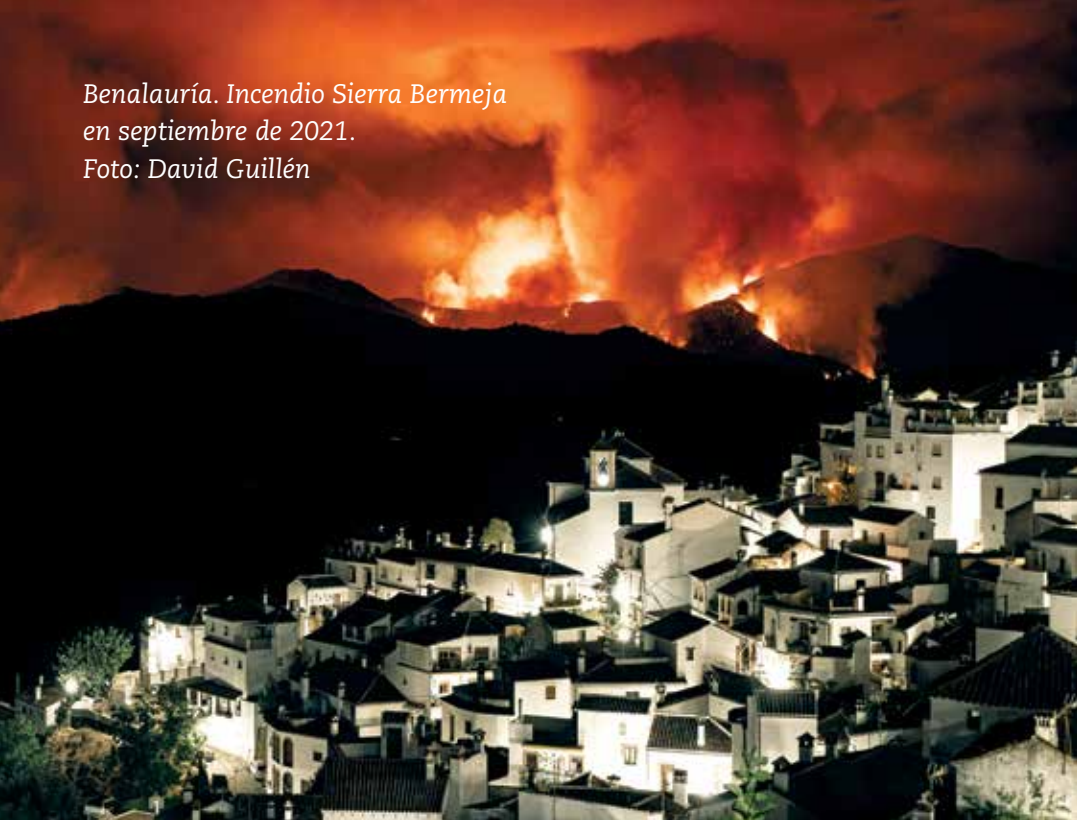
De pronto, la mente se le llenó de recuerdos e imágenes: crujidos, crepitaciones, árboles cayendo, gritos lejanos, humo, más humo..., llanto (para limpiar los ojos de la pena y las cenizas). Días y días sin una carcajada cercana. Y es que, «cuando la risa se paraliza, ¿a dónde vamos y qué nos queda?», se dijo a sí misma.

Todos esos recuerdos estaban ahogándola y robándole el aire que había en su cocina-salón. Sintió la necesidad de salir a dar una vuelta y respirar el aire fresco. Con la chaqueta en la mano por si refrescaba salió en zapatillas de andar por casa y empezó a pasear por su pueblo.

En la calle, tres vecinas miraban hacia la montaña mientras conversaban, reflexivas.

—Mira ese cortafuegos —dijo uno— Está difuso, abandonado, lleno de maleza.

1. Disponible en www.foodsovereignty.org



—Como si aquí no pudiera pasar nada –añadió otra.

Conversaban sobre los incendios acontecidos en León, Extremadura, Ourense, Picos de Europa..., aquellos lugares a los que la desgracia había visitado este verano.

En ese momento se percataron de que ella estaba a su lado y, con mucho amor y tacto, le preguntaron:

—¿Y tú? ¿Qué tal estás? ¿Cómo lo viviste?

—Hemos dejado que descansaras estos días, se te veía agotada cuando llegaste. Te hemos preparado un pisto buenísimo, tienes ahí un par de botes para que estos días no tengas que cocinar.

La muchacha tragó saliva. Sintió el escozor en el tobillo. Y habló.

—Muchas gracias por el pisto. Pues qué os digo... pf... Fue como estar en otro mundo, como entrar a una realidad paralela llena de fuego y desgracia. Respirar fuego. El humo denso lo cubría todo y todo el paisaje se teñía de un naranja sepia que jamás olvidaré. El sol en el cielo se podía mirar directamente, rojo como una bola de fuego, narraba lo que veía desde ahí arriba. La gente corría de sus casas con lo justo, los animales quedaban atrapados o morían en los caminos. Mucha rabia, desidia, cansancio, pena, lamento..., miedo.

El silencio se hizo espeso.

—Dicen que han ardido casi 380.000 hectáreas este verano –añadió– No es solo el fuego, son las olas de calor, las sequías, el cambio climático. Todo se agrava. Y lo peor es que lo sabemos.

Otra voz se alzó, tímida y áspera:

—Si es que... es una lástima cómo se olvida el territorio y el cuidado de los montes. Aquí también pasa, ya no hay pastoreo, no te dejan limpiar, no te dejan hacer nada..., pues claro. Solo queda matorral seco y combustible para que una sola chispa prenda el monte entero. Y es que lo venimos diciendo quienes lo habitamos.

La muchacha asintió.

—Totalmente.

Ecosistemas enteros desaparecen en horas; es una auténtica frustración. Y cada incendio deja unas heridas abiertas y un terreno reventado que

tarda décadas en regenerarse, si es que lo hace.

Una tercera vecina levantó la voz:

—Y lo que andáis diciendo: que esto ya se sabe. Hace años que se están pidiendo más medios. Y no os escuchan. Os aplauden cuando el fuego arde, pero os dejan solos en invierno. Fíjate, aquí, aunque no haya ardido, se nota el abandono: los cortafuegos mal cuidados, la maleza subiendo por los caminos. El peligro ya está en casa.

—¿Y qué podemos hacer?

—No basta con llorar por las cenizas. Ni con esperar a que vengan a salvarnos. Somos red, aquí y allá. La misma red que nos sostiene en medio del fuego puede sostenernos en invierno. Podemos cuidarnos, organizarnos, exigir lo que es justo: cuidar cortafuegos, limpiar senderos, volver a meter ganado en los montes. Presionar a las instituciones para que hagan lo suyo.

—Y no olvidar en invierno lo que se sufre en verano –añadió otro.

La muchacha levantó la vista hacia la montaña. Se imaginó cómo sería el cielo en los lugares que ardieron: humo, fuego, naranja sepia. Pero, escuchando a sus vecinos organizarse, también recordó las manos tendidas, el agua compartida, el calor humano en medio del calor de las llamas.

Sonrió, cansada. La herida ardía en el tobillo, pero también algo más ardía en su pecho.

Y pensó: «Este no es un cuento para dormir; es un cuento para despertar».

Astrid Henmark Aguirre
Asociación Ábrego

Libro de poemas de Maisoun Shukair,
publicado por Yabalia y CantArabia en 2025



Las palabras, aunque suaves, tienen la fuerza eterna del «efecto mariposa», capaces de transformar el dolor en esperanza y los sueños en lucha por un mundo mejor. Nos lo recuerda Maisoun Shukair, poeta, farmacéutica, traductora y periodista refugiada siria en una conversación mantenida el pasado mes de agosto en el festival de poesía de Soria. Se autodefine como una mujer sencilla que busca una vida digna y la verdad del mundo. Cree en el poder sanador de las palabras y en la poesía como medicina del alma y herramienta de justicia.

Las personas que fabrican armas, dice, tienen almas y estas se pueden curar con la poesía: «No tiene tanta fuerza como las balas, pero sí la suficiente como para perdurar en el tiempo y en la memoria».

Comenzó a escribir con tan solo diez años. Su padre, profesor en Damasco, tuvo que dejar su vocación y marchar a Arabia Saudí para poder sostener a su familia. Aquel vacío marcó su infancia y le reveló la dureza de abandonar los sueños para sobrevivir. De ese dolor nació su escritura: la poesía como refugio y verdad.

Aunque durante años siguió escribiendo, la vida (los estudios, el matrimonio, los hijos) la alejó de publicar, hasta que en 2008 su voz resonó con fuerza. Su primer libro, *Saca tu cara de un espejo*, fue premiado y dio forma a su mirada sobre la mujer, la justicia y el amor que sostiene la vida.

Mientras conversamos sobre sus vivencias, se detiene un rato y nos recita «Confesión», uno de los poemas de este primer libro:

Amal El Mohammadiane Tarbift

POESÍA CONTRA LA GUERRA

MAISOUN SHUKAIR Y SU RETRATO QUE SOSTIENE EL MURO



Maisoun durante su estancia en Soria en verano de 2025.
Foto: Amal El Mohammadiane Tarbift

Yo
No muero, se me pasa el otoño
pero me muero, se me pasa la primavera
y no florezco.

Este invierno,
hemos sido las chimeneas
uno para el otro,
pero tal vez hemos sido
la leña.

Calidez
¿La cortaste?
Para sacar de sus ramas
¡Combustible para tu largo invierno...!
No te calentarás, señor.
Las lágrimas de sus pájaros
humedecieron
Todo lo que recogiste
de leña.

Maisoun también se emociona al recordar a su madre. La percibe como amiga, espejo y referente. El exilio se la ha arrebatado. Ser la hija mayor le hace sentir aún más el peso de la distancia: «Siento que he pasado con ella toda la vida». Once años sin verla es demasiado tiempo.

Tras la caída del régimen de Asad, en diciembre de 2024, logró volver a Siria solo por una semana, debido a nuevas masacres en su ciudad, dirigidas a la minoría drusa, de la que forman parte Maisoun y su familia. Desde entonces, la guerra, de nuevo, le robó el abrazo de su madre.

Sobre este dolor grita en el poema «Pequeño botón» del libro *Un retrato que sostiene el muro*.

Dentro
del armario de mi madre
hay un botón pequeño.
Es
mi corazón.

Por esta aflicción y por la necesidad de sobrevivir, se exilia a Madrid, tras el asesinato de su hermano, profesor, por el régimen de Asad y ante el peligro de ser encarcelada. La amenaza de prisión se debía a la cura y ayuda que ofrecía en su farmacia a personas vulnerables (niños y mujeres) que venían de ciudades destruidas, una acción que el régimen no toleraba. Este sentimiento de pérdida y refugio es lo que influye en su poesía del exilio.

Un retrato que sostiene el muro (publicado en Irak en 2022 y ahora en el Estado español gracias a la traducción de Carmen Ruiz Bravo-Villasante en Yabalia Ediciones) es un viaje poético sobre el exilio por tierra y mar, estructurado de manera sólida. El poemario de Maisoun Shukair narra las etapas de separación del hogar, de sus seres queridos y de sus orígenes, y curiosamente, la poesía se fortalece a través de la perspectiva de quienes se quedaron atrás.

Frío
A saber
el frío que pasan nuestras casas
si ya no estamos
este invierno.

Maisoun Shukair se revela en el poemario a través de múltiples roles como mujer y poeta. En

esta impresionante colección de retratos, que la incluye a ella misma, demuestra una gran sensibilidad para transmitir tanto la vulnerabilidad (encarnada en la figura de la madre) como su papel de protectora. Es testigo del inicio del exilio, la mujer que resiste las adversidades, la amante que protege los sueños. Además, tiene la capacidad de transformarse y dar nueva vida a otros autores, como Lorca, Mahmud Darwish y Machado, a quienes cita, de quienes utiliza sus imágenes y con quienes establece un diálogo íntimo.

Como si estuvieras muerto (A Antonio Machado)

Paso desde un fuego
a otro fuego hermano
cuando me traspasan
tus poemas.

[...]

Dolorosa la primavera en el exilio,
y doloroso
que mi lugar de exilio sea
tu patria.
Como tú
vaticino mi muerte
en el poema
antes de morir fuera
y quedar sin mortaja.

[...]

Tú te me adelantaste
a la tumba,
y yo estoy aplazando un poco
mi muerte
para recoger del campo castellano
algo de lavanda
y, de las azoteas de Jaén,
algo de sol.
Luego
te sigo.

[...]

Maisoun tuvo que rasgar su vida sin un segundo de meditación. La urgencia de su expulsión la hizo navegar en un umbral de heridas abiertas: «No le deseo a nadie tener que dejar su país, es demasiado doloroso». Aunque ya habitaba en su mente el Estado español a través de sus versos y

su historia, no fue fácil aterrizar en un territorio sin conocer el idioma: «Me sentí como un fantasma durante años, con el cuerpo en España y el alma en mi país». Tras este tiempo, destaca la acogida, la solidaridad y la buena gente con que se ha encontrado, y recuerda a todos los pueblos, la importancia de acoger a personas que huyen de las guerras. Para ella fue un bálsamo, un suave permiso para ir echando raíces. Sobre todo, cuando su esposo y su hijo se unieron a ella. El exilio dejó de ser un páramo y se convirtió en una «pequeña patria reunida», un remanso de paz en la tormenta.

Refugio

Me refugio en ti
como se refugian en el verso las preguntas del mundo:
No para que las cierre con respuestas
sino para
que les suba un poco
esa voz baja.

A pesar de todo lo vivido, estar en un país que no es el tuyo «te abre nuevas ventanas, te ayuda a conocerte mucho mejor y mirar tu país de otra manera, poder tener más capacidad crítica». Además, siente que dialogar con autores a los que admira en su lengua natal es un «universo fantástico».

Inevitable es sentir el peso de la guerra y lo que significa resistir en una cultura de violencia y muerte. Es en esta lucha donde la poesía se vuelve un acto de resistencia, y así nos lo recuerda Maisoun Shukair.

Triunfo

¿Quién vence?
¿La roca en la que rompe esa ola
o la ola
que la va partiendo
cada vez que rompe?



Amal El Mohammadiane Tarbift

Revista SABC



Visitas de experiencias durante el curso. Foto: Josep Espluga

Diploma de Especialización en Dinamización Local Agroecológica

Nuestra organización es un poco peculiar, pues no se trata de ninguna empresa, cooperativa ni institución en el sentido clásico. Somos un curso formativo. Así como suena. El Diploma de Especialización en

Dinamización Local Agroecológica es un programa formativo de posgrado orientado a enseñar cómo promover la agroecología en sistemas agroalimentarios territorializados y desde la perspectiva de la soberanía alimentaria.

Nos acoge la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB) y nuestro equipo coordinador está formado por personas de varias entidades: la cooperativa Arran de terra SCCL, el Institut Metròpoli, la càtedra de Agroecologia de la Universitat de Vic-UCC, además de la propia UAB, representada por el IGOP (Instituto de Gobierno y Políticas Públicas) y el ICTA (Instituto de Ciencia y Tecnología Ambientales).

No fue una iniciativa de la universidad —generalmente más decantada hacia paradigmas tecnoentusiastas y productivistas— sino una respuesta a una petición externa. En 2013, activistas del Área de Agroecología de Ecologistas en Acción y de la extinta Aliança per la Sobirania Alimentària dels Pobles contactaron con el IGOP-UAB para manifestar su decepción ante el hecho de que las universidades y las administraciones públicas promovían con eficacia el modelo corporativo agroindustrial, pero raramente entendían (ni se atrevían a imaginar) la lógica de los sistemas agroalimentarios alternativos. Todo ello perjudicaba claramente a las iniciativas agroecológicas del territorio.

El programa está orientado a formar personas dinamizadoras, capaces de diagnosticar las potencialidades agroecológicas de un territorio (un pueblo, un barrio, una comarca, etc.), identificar a los diferentes actores que podrían colaborar en un proyecto agroecológico conjunto y proveerlos de herramientas y acompañamiento para impulsarlo de manera participativa.

El curso está abierto a estudiantes de todo tipo de disciplinas y cuenta con profesorado de varias universidades (UPO, ISEC-UCO, UNED, UVic-UCC, UAB y CSIC) y entidades profesionales (Arran de terra, l'Aresta, La Troje, El Pa Sencer, XCS). Dura 6 meses (30 ECTS) y se desarrolla mayoritariamente en línea, con la excepción de tres fines de semana presenciales en los que se aplican metodologías y se visitan experiencias agroecológicas del territorio.

El posgrado se puso en marcha en el curso 2014-2015 y desde entonces se han celebrado ocho ediciones. Cuando íbamos por la tercera edición detectamos que había ayuntamientos que empezaban a ofrecer plazas de «dinamización local agroecológica». A partir de la sexta edición, para evitar sobrecargar al profesorado procedente de las entidades profesionales —cada vez con más proyectos de dinamización—, decidimos que el curso pasara a ser bianual. La próxima edición se celebrará entre enero y junio de 2026.

Periodo de inscripció y matrícula abierto hasta el 31 de diciembre de 2025.



PALABRA DE CAMPO

MÁS PAN PARA LOS DE HOY... Y SED PARA LOS DEL MAÑANA



El autor en la huerta, con riego a manta

La Rioja es chiquita: somos 360.000 personas y nos conocemos casi todas; las cosas suceden cerca y se sienten rápido, la escala es entendible porque termina afectando a alguien más o menos cercano.

No tiene por qué ser un vecino ni una conocida; a veces es alguien que te pilla de camino a otro sitio. A mí me ha pasado con las huertas que había de camino a la mía, huertas con abuelos (normalmente hombres mayores) de todas clases: con la bandera de España o de la República en la chabola, abuelos de abonos de bolitas o de caca de oveja a carretillas, abuelos de entutorar con cañas o con ferralla. Lo que me ha pasado es que ya no los veo. Sus huertas están llenas de hierbas, con depósitos de agua vacíos, con vallas llenas de zarzas, silenciosas. La pandemia y un par de veranos secos asestaron un golpe directo a aquellas personas que cuidaban de un legado que se nos ha hecho ver como rancio, anticuado, obsoleto..., como una «cosa de viejos».

Ahora las huertas tradicionales se ponen como ejemplo de «ineficiencia», de «insostenibilidad», de romanticismo obsoleto. Parece mentira que, siendo la ciencia como es (crítica, me refiero, no dogmática), haya quien la use como excusa y bandera para acabar con lo que —sin ninguna duda— ha funcionado durante miles y miles de años, tachándolo ahora de «derrochador». No niego que haya quienes abusen del riego, que «haberlos, haylos». La técnica es una cosa y el cómo se aplique es otra, pero esto es más un tema de aprendizaje, comunidad y sentido común.

Los abuelos enseñaban a su descendencia —y esta a la suya— a usar la azada, a cerrar y abrir los caballones para no calar de más y evitar pudriciones o que se agrieten sus tomates. Desde pequeño se aprendía, y era parte de un legado, de un ejercicio de soberanía alimentaria. Del mismo modo que la manera de hacer los

renques tenía su legado de experiencia, el mantenimiento de las acequias que traían el agua hasta las huertas también formaba parte de una herencia que crecía con las generaciones, aportando cada una de ellas un nuevo tramo, una mejora o un mantenimiento más coordinado, equitativo y justo. Las comunidades de regantes eran el estandarte de una unión territorial, herederas del legado campesino. La técnica milenaria que se usa en esas huertas es la inundación o riego a manta. Cada dos o tres días, la planta recibe mucha agua en poco tiempo, y no toda puede ser absorbida por el cultivo, por lo que el resto se filtra en la tierra y termina en el acuífero de esa cuenca, que finalmente podrá aprovechar todo el ecosistema aguas abajo (incluidos los siguientes regantes, fuentes, bebederos...).

Pero resulta que aparece un invento hace dos días: unos tubos que echan el agua gota a gota en la base de la planta, le dan lo justo para vivir; pero, acostumbradas a que los nutrientes y el agua estén en superficie, las raíces no ahondan en la tierra para buscar alimento, como lo haría un olivo o una vid de manera natural. Y dicen que «solo gastan el agua que necesita cada planta cada día. ¡La solución definitiva para aplicar en masa!» (como en los anuncios de la teletienda).

Ya no hay que regar a manta —ni saber hacerlo, ni conservar sus estructuras milenarias—, tan solo colocar un hidrante en la cabeza de tu finca con su contador, los tubos, un programador, unas válvulas y dejar que la ciencia obre su magia (ah, y pagarlo todo).

Ya no necesitamos más que una parte de los litros que corrían por la acequia para regar nuestros árboles con exactitud, por lo que nos sobran litros, que son los que «tirábamos al fondo de la tierra por inundación» y que ahora quedan como ahorro o «fondo de inversión». ¿Y qué hacer con ese ahorro? Es sencillo hasta para un profano en capitalismo: pues declaramos más territorio como regadío, plantamos allí más árboles y les ponemos goteo también. Así conseguiríamos regar más árboles con los

mismos litros, ¡más beneficios con la misma agua! ¡Si es que las matemáticas no fallan! Si no lo entienden, revisen las cuentas... o los planes de regadío.

Pero la cosa no acaba aquí. ¿A qué coste deshacernos de esos tubos una vez caducos y a qué coste serán los nuevos? ¿Cuánto aguantarán nuestras vides y olivos enraizados «a flor de piel» si este sistema falla? ¿Qué ahorro hay en gastar cada gota de agua de manera «eficaz» si al final se gasta toda? Y si gastamos hasta la última gota de agua en producir de manera exacta, ¿no dejamos fuera de la ecuación a un ecosistema del que irremediablemente formamos parte?...

Y más preguntas y dudas razonables que me dejo en el tintero.

Si no nos replanteamos todas las cuestiones que la propia ciencia nos obliga a exponer, si nos dejamos convencer por el primer relato publicitario que nos llegue sin hablar en comunidad, entonces, toda esa sabiduría, todas esas técnicas, toda esa tierra, toda esa agua... ya no serán una herencia que defender para quienes vienen después. No tendrán de qué preocuparse, porque ya se habrán vendido por seco dinero. ●

David Romero Latorre

Apasionado de la huerta, de la etnografía que la rodea y de la diversidad, la creatividad e imaginación rural.

SOS REVISTA SOBERANÍA ALIMENTARIA

Campaña para preservar y cuidar una publicación que es semilla de semillas

Después de quince años de trayectoria, en la revista *Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas* estamos pasando por una **situación económica crítica que pone en riesgo nuestra continuidad**.

Pero ¿no es ahora, más que nunca, cuando hacen falta contenidos inspiradores que nos permitan reflexionar y profundizar en los retos, transiciones y transformaciones que queremos impulsar?

Podéis ayudarnos difundiendo la campaña en Verkami que lanzamos el pasado 12 de noviembre y que estará disponible hasta el 19 de diciembre.



¡Descubre las exclusivas recompensas que hemos preparado!

Libro Vincularnos a la tierra, de Jeromo Aguado
La campaña os permite obtener en primicia el libro que publicará Pol·len Edicions a principios de 2026.

Queremos seguir compartiendo pensamiento crítico

#SomosSemillaDeSemillas #SOSRevistaSoberaníaAlimentaria



<https://vkm.is/soberaniaalimentaria>

HASTA EL
19 DE
DICIEMBRE

